Veintidós mensajes



WHITNEY G.

Phoebe

WHITNEY G.

Veintidós mensajes

Traducción de Silvia Barbeito



Phoebe

Título original: *Twenty-Two Messages*

Primera edición: diciembre de **2024**

Copyright © **2024** by Whitney G.
Published by arrangement with Brower Literary & Management

© de la traducción: Silvia Barbeito Pampín, **2024**

© de esta edición: **2024**, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, **18**
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: **978-84-10070-72-1**
BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®
Fotografías de cubierta: Camomileleyla/Freepik

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice

Nota de la autora
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
9,5
10
11
12
13
13,5
14
15
16
17
Epílogo
Contenido especial

Por diversión. Solo por diversión.

UNA NOTA DE WHITNEY G.

Queridísimo lector:

Muchas gracias por elegir el primer libro de la *Naughty Bedroom Collection*. Espero que disfrutes del romance pícaro y prohibido entre Bella y Ryan.

Si quieres ser el primero en enterarte de mis próximos lanzamientos, descuentos y contenido exclusivo que solo ofrezco a los lectores, asegúrate de suscribirte a mi Lista Exclusiva F. L. Y. *(«F. L. Y.» = «"Effin" Love You»*. Porque tanto si te encanta esta historia como si la odias, yo te requeteadoro por haberle dado una oportunidad).

Atentamente
Whitney

PRÓLOGO

Asunto: *Hola; nada de sexo, solo relaciones platónicas*
Querido Ryan:
La aplicación Palabras y letras *me ha sugerido hoy tu perfil y no he podido evitar darme cuenta de que tenemos muchas cosas en común.*

Dicho esto, he conocido a bastantes imbéciles y gilipollas en busca de sexo, así que me gustaría dejar claras algunas cosas antes de nada: si decides responderme, quiero que sepas que estoy aquí porque nunca me han gustado Twitter, Instagram o cualquier otra red social. Me encanta escribir, mantener conversaciones largas y conocer gente nueva.

Eso es todo. Por eso estoy aquí. Espero que me respondas y podamos ser amigos.

(Ya tengo novio, así que no te hagas ilusiones).

Bella

Asunto: *Re: Hola; nada de sexo, solo relaciones platónicas*
Querida Bella:
A mí me han recomendado tu perfil hoy, pero no me he puesto en contacto contigo por esa misma razón.

Tenemos muchas cosas en común, pero, teniendo en cuenta que soy dieciséis años mayor que tú y que creo que mientes sobre todo lo que has escrito, no me apetece perder el tiempo contigo. (¿Has publicado cincuenta putos libros a los veintiséis años? ¿Te gusta fumarte un habano de vez en cuando? ¿Y tratas de leer dos libros nuevos a la semana? Por no hablar del resto de las mentiras que has enumerado…).

Quizá te habría creído si solo hubieras contado algunas de esas cosas, pero soy incapaz de creerme las veinte.

No vamos a ser amigos aunque te haya respondido (tu chico no debe de ser un buen novio si puedes perder el tiempo escribiéndoles a desconocidos. Te bloquearé en algún momento de la noche).

Ryan

P. D.: No le veo el sentido a escribir una carta tan larga si el asunto lo revela todo.

Asunto: *Re: Re: Hola; nada de sexo, solo relaciones platónicas*
Querido Ryan:
Vale, que te jodan.

Lamento que hayas conseguido vivir cuarenta y dos años enteros bajo la patética asunción de que es imposible que alguien más joven que tú se interese por las mismas cosas.

Pero, espera: ahora mismo no tengo un palo metido en el culo; eso es algo importantísimo que no comparto contigo.

Sí, he publicado cincuenta libros, y serán cincuenta y dos a finales de este mes.

Mi nombre en Amazon es Bella J. Swan. Búscame, imbécil.

Bella

P. D.: No veo la necesidad de responder a una carta solo para comportarte como un cabrón arrogante. Por cierto, acabo de echarle un vistazo a tu lista de amigos. CERO. Creo que deberías agradecerme que haya perdido el tiempo en escribirte.

Asunto: *Re: Re: Re: Hola; nada de sexo, solo relaciones platónicas*
Querida Bella:
Debo admitir que tu sarcasmo me ha impresionado un poco, pero sigo a dos segundos de bloquearte. No obstante, ya que me pillas de buenas, permíteme que aborde alguna más de tus chorradas.

Bella J. Swan ha publicado cincuenta títulos en Amazon, aunque no estoy seguro de poder clasificarlos como «libros». Con la excepción de Profundamente en mi interior, Su gran miembro *y* Me llena suavemente, *todos las novelas tienen menos de sesenta páginas. Si eres quien dices ser, creo que deberías dedicarte a añadir más páginas a tus libros en lugar de a malgastar las palabras en cartas dirigidas a gente a la que*

apenas conoces.

Les he echado un vistazo a las primeras páginas de Una prometida muy sexy, *y es tan corta que la muestra del diez por ciento solo me ha permitido ver el índice.*

Encuentra en esta aplicación a alguien que tenga tiempo para ti.

Ryan

P. D.: Tu lista de amigos también está en CERO.

Asunto: *Re: Re: Re: Re: Hola; nada de sexo, solo relaciones platónicas*

Querida Bella:

Un momento…

Está claro que escribes con seudónimo —tanto aquí como en Amazon—, y, en contra de mi buen juicio, me he aventurado a visitar tu página web para leer tu blog y he visto que algunas de las entradas son más largas que la mayoría de los libros que has publicado. Pero me estoy yendo por las ramas…

Me he dado cuenta de que ya habías escrito sobre algunas cosas que tenemos en común, que valoras la palabra escrita y que, a pesar de mis infundadas suposiciones, lees dos libros nuevos a la semana.

No me interesa ser tu novio ni cualquier otra cosa que no sea mantener largas charlas, como te pasa a ti.

Mis disculpas.

Me gustaría que empezáramos de nuevo.

Ryan

1

Siete meses después…

Bella/Christina

—¿Te puedes creer que tu padre va a tener otro hijo con esa desgraciada? —Era sábado por la mañana y la voz de mi madre resonaba a través de los altavoces—. La próxima vez que lo veas, dile de mi parte que ya es hora de que madure. Tiene cincuenta años y sigue *fabricando* bebés como quien hornea pan. —Dejé escapar un gemido y me tapé la cabeza con la almohada para no escucharla, pero no sirvió de nada: la voz de mi madre podía oírse bajo el estruendo de un trueno—. ¡¿Ya te he contado lo de Max? —chilló—. Ha tenido la desfachatez de pensar que no iría al juez para exigir una pensión alimenticia. Ganaba quinientos mil dólares al año cuando estábamos juntos y piensa largarse sin darme ni un centavo. ¡Ese no sabe con quién se juega los cuartos, Chrissie!

—¡Biiip!

Suspiré y mantuve los ojos cerrados durante unos segundos, intentando volver a dormirme, pero era inútil. Me había desvelado, y solo podía culparme a mí misma por no haberlo visto venir.

Cada tres meses, como un reloj, mi madre se desahogaba llenando de mensajes el viejo contestador de mi estudio.

Siempre empezaba con calma, como si fuera una madre madura capaz de dejar el pasado atrás; despotricaba sobre su trabajo, se preguntaba por qué su «amada y única hija» prefería vivir en Charlotte, Carolina del Norte, antes que con ella en Miami… Luego decía: *«Te quiero mucho, Chrissie»*, segundos antes de llegar al mismo punto central: una mezquindad extrema y vulgar sobre mi padre.

—¡Y te voy a decir una cosita más! —Su voz sonó una vez más a través de los altavoces—. Esa nueva esposa de tu padre es tonta. Siempre lo ha sido y siempre lo será. Ahora publica todas las fotos de su embarazo en Instagram con el *hashtag* de mierda *«Familia Grover para siempre»* y *«Señora Grover hasta la eternidad»*. Me sorprende que él no salga de ella deslizándose después de follar, porque después de tantos hijos debe de tener la vagina como el canal de la Mancha. ¿Y sabes qué? Que estoy a punto de comentar uno de sus *posts* y decirle que la lengua del señor Grover estuvo una vez lamiendo mi culo. Me pregunto si entonces pondrá tantas fotos de él besándola en los labios.

—¡Biiip!

Pero ¿qué leches…? Me incorporé y le lancé la almohada al contestador, que cayó al suelo.

Ya sabía que iba a volver a llamar para dejar la despedida habitual —*«¡Te echo mucho de menos, Chrissie! ¡Espero que te siga yendo bien con ese trabajo de tutora! Llámame cuando puedas»*—, y no iba a sentirme culpable por no escucharla. Mi padre y ella llevaban divorciados desde que yo había entrado en el instituto, pero seguían odiándose con la misma intensidad del primer día. Habían sido novios desde la adolescencia, y habían pasado más tiempo convenciendo a los demás de que estaban enamorados que recordando decírselo el uno al otro. La noche en que por fin iban a dejar de sufrir y a tomarse «un merecido descanso», descubrieron que estaban embarazados de mí y se casaron. Todavía dicen que fue la decisión más estúpida que han tomado nunca.

Habían cambiado de cónyuge y de vida, pero seguían utilizándome como peón en su guerra abierta.

Me quité las sábanas de encima, entré en el cuarto de baño y me di una ducha rápida para librarme de la negatividad de esos mensajes. Me puse la bata y fui a la cocina para encender la cafetera Keurig y el portátil.

En ese momento no podía perder el tiempo tratando con ninguno de mis padres. Debía cumplir con el plazo de entrega, y las escenas finales de *Mi excitante vecino* no se iban a escribir solas.

Gracias a Dios nunca les había contado que había dejado las tutorías y me había puesto a escribir libros eróticos para ganarme la vida…

Inspiré hondo unas cuantas veces, me preparé una taza de café y programé el cronómetro para que sonara a los cuarenta minutos, el tiempo que me llevaba habitualmente escribir una escena de sexo.

Continué donde lo había dejado el día anterior, escribí unas líneas y las borré. Copié y pegué una palabra aquí y otra allá en busca de inspiración —«miembro», «húmedos pliegues», «dureza»— y esperé a que la escena de sexo fluyera con tanta facilidad como de costumbre, pero antes de que me diera ni cuenta, el temporizador estaba sonando y en mi página solo había tres frases.

«Y entonces, con la mirada clavada en ella, deslizó su miembro palpitante dentro de sus jugosos y húmedos pliegues».

«Con una expresión ardiente, se deslizó en su vagina con lentitud y pasión».

«La penetró de una sola embestida, como un tren de mercancías, consumiéndola por entero».

Sacudí la cabeza e intenté convencerme de que esas frases no eran tan terribles como parecían, pero no tardé en darme de bruces con la realidad.

«¿Miembro palpitante?». «¿Embestirla como un tren de mercancías?».

Cuanto más las leía en voz alta, peor sonaban, y, aunque me resistiera a admitirlo, esa era la tercera semana consecutiva en la que me encontraba con el mismo problema. Aun así, me negaba a creer que estaba sufriendo lo peor a lo que puede enfrentarse una autora: el bloqueo del escritor.

Sin desanimarme, programé el temporizador para el doble de tiempo.

Entré en una página porno y vi unos cuantos vídeos guarros; leí algunas de mis escenas de sexo anteriores y me puse a mirar mi colección de fotos eróticas antes de volver a intentarlo.

Intenté apartar la mirada mientras tecleaba, para dejar que la escritura fluyera, pero cuando sonó la alarma y eché un vistazo a la página, las frases eran todavía más lamentables que las anteriores.

«La llevó a la cama y la penetró como si no hubiera un mañana».

«Con fuego en los ojos, follaron hasta que se deshizo en sus brazos».

«Llenó su cálido y húmedo interior y tomó su cuerpo de un modo que ella jamás iba a olvidar».

Esas palabras ni siquiera merecían ser editadas, así que cerré el documento de Word y descorché una botella de vino.

Cogí el teléfono y decidí aprovechar el tiempo que me quedaba para enviar mensajes a algunos de mis amigos de la aplicación *Palabras y letras.*

La bandeja de entrada estaba llena de nuevas cartas de Amy, Taylor, Sasha y Arnold, colegas autores de erótica. Por desgracia, todas estaban plagadas de referencias al agotamiento creativo y al bloqueo del escritor.

Eso es lo último que necesito ahora mismo.

Seguí mirando los mensajes y vi uno del hombre al que más había llegado a conocer en la aplicación, el hombre al que le enviaba mensajes todos los días para hablar de todo y de nada: Ryan.

Aparte de mi mejor amigo, era la persona a la que estaba más unida, y no tenía muy claro si eso era digno de felicitación o de lástima. Y la mayor parte del tiempo tampoco estaba segura de si quería darle una paliza o agradecer su amistad, porque su sarcasmo se paseaba entre la fina línea que separaba ser brillante de ser gilipollas.

Mientras esperaba a que se cargara su mensaje, pensé en invitarlo a tomar un café el mes siguiente. Era algo que llevaba pensando algún tiempo, sobre todo en esas noches en que intercambiábamos cartas hasta altas horas de la madrugada, pero siempre me contenía por culpa de la escritora de romántica que llevo en mi interior, porque una parte de mí deseaba que fuera tan sexy como su forma de escribir y que algún día encontráramos el modo de estar juntos. La otra parte de mí, la más

sensata, sabía que, si alguien de su edad estaba soltero, solo podía ser por una razón: ninguna otra mujer lo quería. Una señal de alarma inmensa.

Sonreí y me dispuse a leer su última carta.

__Asunto:__ Premios, consoladores y demás
Querida Bella:
Enhorabuena por ganar el Gallo de Oro en los Digital Erotica Awards de esta semana. Estoy seguro de que ese logro es algo de lo que ninguno de tus amigos universitarios podrá presumir.

Me he percatado de que el premio viene con un consolador de cristal. Quizá los jueces sepan lo sola que has estado estos últimos meses desde que dejaste a tu novio…

Te adjunto la más larga de mis cartas, aunque esta semana no me ha pasado gran cosa. Bueno, a menos que cuentes que uno de mis amigos íntimos me ha organizado otra desastrosa cita a ciegas. Te adjunto los detalles en la carta.

Ryan

P. D.: He mirado tu página de Amazon y me he dado cuenta de que no has publicado nada desde mayo. Llevas cuatro semanas trabajando en el mismo libro. ¿Hay algún problema?

Me puse a redactar la respuesta de inmediato, explicándole que hacía siglos que no tenía relaciones sexuales, que mi creatividad estaba oficialmente agotada y que mis escenas de sexo de las últimas semanas no eran ni de lejos tan buenas como solían ser. Y antes de darme cuenta, estaba llorando: la triste realidad del bloqueo del escritor.

Aquí estoy, escribiendo sobre cómo se siente la heroína al tener una erección entre los labios o lo profundamente que puede llegar él en su interior, y soy incapaz de recordar la última vez que lo experimenté por mí misma. A ver, que tampoco es que haga falta echar un polvo para escribir sobre él —dudo mucho que Stephen King haya asesinado alguna vez a alguien en aras de la inspiración para sus novelas de terror—, pero nunca había sufrido un bloque, y creo que esos seis meses de sequía tienen algo que ver.

La historia es de lo más simple: unos vecinos que se acuestan y ya, pero soy incapaz de pasar del puñetero primer beso.

Me detuve y repasé lo que había escrito, con el dedo a punto de pulsar en el botón de enviar y el cerebro suplicándome que lo borrara todo.

Durante los siete meses que llevábamos carteándonos habíamos hablado de mi trabajo, pero nunca en profundidad, y nunca le había contado una escena real de mis libros. De hecho, ninguna de nuestras conversaciones giraba en torno al sexo: todo era platónico.

Bueno, dejábamos caer alguna insinuación de tarde en tarde, y en nuestras historias personales había cierto subtexto sexual, sobre todo últimamente, pero nunca habíamos llegado demasiado lejos.

Volví a mis cabales, borré lo que había puesto y me limité a responder en la posdata.

P. D.: No pasa nada. Solo le estoy dedicando un poco más de tiempo porque esta novela es más larga, eso es todo. Saldrá publicada a finales de semana, tranquilo.

2

Ese fin de semana…

Ryan/Dane

Asunto: *Tu próximo libro*
Querida Bella:
Mi excitante vecino *aún no se ha publicado, y esta semana me has enviado al menos dieciséis cartas. Las he copiado y pegado en un documento para obtener un recuento total de palabras, y suman veinte mil, es decir, cien páginas.*

Dudo mucho que el libro que estás escribiendo vaya a ser tan largo, así que no entiendo a qué viene el retraso. No cabe mucho desarrollo de personajes en una lectura de treinta minutos sobre follar.

¿Se te ha pasado el plazo?

Un fan preocupado.

Ryan

Asunto: *Re: Tu próximo libro*
Querido Ryan:
Gracias por señalar lo obvio. Sé que mi libro no está publicado, y es porque no está terminado. Pero ya que te preocupas tanto y no dejas de preguntarme, te diré que mi editor me ha concedido una prórroga de tres días para presentarlo, y mi agente, una prórroga de cuatro días para la versión en Audible.

Esta es la primera vez que escribo una novela, así que será más larga de lo habitual, y trata de algo más que de follar. Por eso me lo estoy tomando con calma.

¡¿No tienes una cita esta noche?! ¿Qué tal si aprovechas el tiempo y te preocupas por eso?

Solo has leído el índice de mis libros; con eso difícilmente puedes calificarte como «fan».

Bella

3

CUATRO DÍAS DESPUÉS DE LA FECHA LÍMITE…

BELLA/CHRISTINA

No, en realidad no conseguí una prórroga, y ahora mismo estoy evitando a mi editor y a mi agente. Y también a Ryan. Al menos, hasta que haya acabado.

(Ah, y mi libro no trata de «algo más que de follar». Es puro sexo, como los demás).

Cuando necesitaba un poco de inspiración o tomarme un descanso de la escritura, cruzaba la ciudad en coche hasta el Art District y pasaba el día en la galería de mi mejor amiga, Daniella.

Autoproclamada «Reina de la piedra y el sexo», se especializó en recrear sus películas románticas favoritas en salas dedicadas donde exhibía esculturas de desnudos y figuras de vidrio soplado. Con énfasis en lo de «soplado», ya que era conocida por elaborar costosas imágenes de cómo creía que era el sexo oral tras las cámaras entre las parejas de ficción. También fue la primera persona que conocí cuando me mudé a esta ciudad unos años atrás, y nos hicimos amigas al instante tras una copa de vino.

—¿Crees que he hecho demasiado grande el pene de Jack? —Se adentró en la sala con la temática de *Titanic* y se cruzó de brazos—. A ver, tenía que ser enorme si Rose estaba dispuesta a renunciar a una vida de riqueza para estar con él, ¿no?

Miré el miembro de veinte centímetros que sobresalía de la estatua personalizada.

—No, no es demasiado grande, pero sí demasiado fina. Parece una varita de rímel.

—Ha sido a propósito. —Se encogió de hombros—. Al fin y al cabo, murió. Ni siquiera intentó salvarse. —La miré sin comprender—. ¿Qué? —rio—. De todos modos, hace meses que no ves un pene en la vida real, así que tu opinión no cuenta. En fin. —Entrelazó las manos—. Ahora mismo estaba trabajando en la sala de *El diario de Noah,* y supongo que la tendré lista mañana. ¿Quieres que te abra el balcón para que puedas escribir durante unas horas?

—Claro. —Cogí la carpeta del suelo y seguí a mi amiga por el sinuoso pasillo hasta que llegamos a un par de puertas dobles; esperé a que abriera la preciosa terraza con vistas al centro de la ciudad.

—Pues aquí está —anunció—. ¿Para cuánto tiempo debo programar el temporizador? Haré que un miembro del equipo te traiga la comida cuando sea la hora del descanso.

—Dos horas.

—¡Perfecto! —Dio media vuelta.

—Espera —llamé—. ¿Tengo llamadas o mensajes perdidos? ¿O alguna notificación nueva en *Palabras y letras*? —Intenté no mostrarme demasiado emocionada por tener la oportunidad de una breve distracción.

—Mmm. —Sacó mi teléfono del bolsillo y tocó la pantalla—. Un par de lectores han preguntado cuándo saldrá tu próximo libro, tu madre te ha mandado un mensaje para preguntarte por qué no le has devuelto la llamada y tu padre te ha enviado una foto en el campo de golf que dice «¡Por fin le he ganado a Dane al golf! Después de tantos años… Espero que estés bien». —Ladeó la cabeza—. En esa foto, ese tal Dane parece bastante sexy. A ver, no me gustan los hombres mayores, pero, joder… Con él estaría dispuesta a hacer una excepción.

—¿Algo más?

—No, en serio. —Seguía mirando la pantalla y mordiéndose el labio inferior—. Está buenísimo. Deberías darme su número de teléfono.

—¿Qué? —No pensaba tomármela en serio—. Dile a mi padre que felicidades y luego borra la foto, porque me estoy quedando sin espacio de almacenamiento.

—¿De verdad no quieres echarle un vistazo a este tío?

—Sé quién es, Daniella. Paso. —Sacudí la cabeza. Hacía años que no veía a Dane, el amigo de mi padre, pero no me hacía ninguna falta ver una foto suya para saber que era atractivo.

Cuando iba a visitar a mi padre los fines de semana que le tocaba la custodia, Dane siempre iba a buscarme en su nombre y me esperaba en la zona de recogida de equipajes; me acompañaba a uno de sus lujosos coches deportivos cuando salíamos del aeropuerto, y todas las mujeres que lo veían se quedaban boquiabiertas. No ayudaba que su atuendo fuera normalmente una fina camiseta blanca que resaltaba sus músculos, ni que insistiera en ponerse esa colonia fuerte y embriagadora que parecía atraer aún más. También tenía una sonrisa perfecta, blanca como las perlas, que mostraba a cualquiera que mirara en su dirección.

Completamente ajena al encanto que ejercía sobre la gente, apenas le dedicaba nada más que un *«Hola, Dane, gracias por venir a buscarme»;* Estaba demasiado ocupada con mi interminable serie de enamoramientos adolescentes como para prestarle demasiada atención. Recordaba que mi padre bromeaba diciendo «Dane es como un imán para las mujeres; podría tener a la que quisiera. Y yo no puedo creer que me haya conformado con tu madre…».

—¿Eso es todo, Daniella? —insistí.

—Solo una cosa más: le has enviado una carta a tu amigo Ryan pidiéndole que cortara el rollo.

¿Qué?

—No, de eso nada. —Entrecerré los ojos—. Llevo sin escribirle desde el lunes.

—Pero le he escrito yo —replicó—. Siempre estás hablando de ese tío como si fuera uno de tus mejores amigos, y no dejaba de preguntarme por qué nunca te ha ofrecido quedar en persona.

—Hemos acordado mantener las cosas en el mundo virtual. —Me crucé de brazos—. ¿Qué le has dicho?

—Lo discutiremos cuando termines. —Dio un golpecito a su reloj y amplió un poco la sonrisa.

—¿Voy a querer matarte cuando lo lea? —pregunté.

—Para nada. —Sacudió la cabeza—. He sido superamable y no le he dicho nada que tú no dirías. A ver, a lo mejor he sido un poco más exagerada que tú, pero…

—Dame el teléfono ahora mismo.

Salté de la silla y la perseguí por la terraza como una loca. Conseguí arrebatarle el móvil de las manos y ella cayó de bruces en un enorme puf, muerta de risa.

Me apoyé en la barandilla para recuperar el aliento y abrí el mensaje.

Asunto: *Dejémonos de tonterías*

Querido Ryan:

Llevamos demasiado tiempo enviándonos cartas a través de esta aplicación y aún no nos hemos conocido en persona. ¿Tienes algo que esconder?

Dado que ahora mismo no estoy con nadie después de mi desastrosa ruptura, estoy buscando a alguien con quien salir, alguien para quedar en persona y no solo online*.*

Por favor, dame tu descripción para que pueda saber si merece la pena dedicarte mi tiempo. Yo mido uno setenta y tengo los ojos color avellana. Llevo el pelo largo, y es castaño oscuro y rizado. Estoy en forma y soy bastante estrecha… ahí, si entiendes lo que quiero decir. Puedo enviarte mi foto si tú me mandas la tuya, pero deberías confiar en las palabras de mi mejor amiga: soy supersexy y todo un partidazo.

Ronda rápida:

¿Alguna vez has cometido un delito grave?

¿Piensas pedirme dinero en algún momento?

¿Quieres que sigamos hablando solo por internet?

Espero tus respuestas.

Bella

Ay. Dios. Mío.

Daniella estaba tirada en el suelo muerta de risa, e intenté decidir si merecía la pena estrangularla y que me acusaran de asesinato en primer grado.

Empecé a redactar una nueva carta a Ryan para hacerle saber que yo no había escrito esas cosas, pero antes de que pudiera terminar, me envió una respuesta.

Asunto: *Re: Dejémonos de tonterías*
Querida Bella:
Lo bueno de esta aplicación es que se sobreentiende que no queremos quedar en persona. Además, hemos hablado de esto en varias ocasiones y ambos hemos acordado que es mejor dejar nuestra amistad en el mundo virtual. Y no, no tengo nada que esconder.

Sé que estás soltera, y estoy convencido de que no vas a tener problemas para encontrar otro novio en Tinder, que es de donde sacaste a los tres últimos.

No necesito saber cómo eres para enviarte cartas, pero me alegro de saber que eres estrecha «ahí». Pero ya que has preguntado, mido uno noventa y tengo los ojos azules. Y todos los días hago ejercicio durante unas tres horas, si entiendes lo que quiero decir…

No hace falta que me envíes tu foto, porque yo no pienso enviarte la mía. Me fiaré de la palabra de tu mejor amiga, y tú puedes conocer el resultado de la encuesta secreta entre mis empleados —«El tío más sexy de la oficina»— para saber qué aspecto tengo.

No, nunca he cometido un delito, y, créeme, no me hace ninguna falta pedir dinero prestado.

Sí, me gustaría seguir hablando solo por internet, como acordamos desde un principio.

Supongo que Daniella ha escrito esta carta porque hoy tú estás en su galería y ella tiene tu teléfono.

Escríbeme cuando te lo devuelva.

Ryan

P. D.: Me da que no compartimos la misma definición de «en forma», ya que no has mencionado ni una sola vez que vayas al gimnasio, así que, por muy estrecha que seas, dudo que tu resistencia sea ni de lejos tan alta como la mía.

P. D. 2: Va a acabar la semana y tu libro sigue sin publicarse.

Solté el teléfono y tomé la decisión de arriesgarme a estrangularla.

4

RYAN/DANE

—Si supiera que puedo asesinar a alguien sin que me pillen, te aseguro que mi exmujer estaría la primera de la lista —dijo mi mejor amigo, Michael, ese lunes por la noche, pasándome una cerveza.

Me había convencido para quedar con promesas de fútbol y cerveza, pero la televisión aún no estaba encendida, y había empezado a despotricar en cuanto entré en su casa.

Y por si eso fuera poco, sus seis hijos —tres parejas de gemelos— correteaban a gritos en su habitación.

Esto me pasa por venir aquí.

—¿Quién estaría en tu lista? —preguntó.

—Tú, si sigues invitándome a venir para soltarme siempre la misma mierda. ¿Dónde está el mando?

—Lo siento, lo siento. —Se rio y se reclinó en su asiento—. Esto no es precisamente una noche de chicos, ¿verdad?

Desde hace años no.

—Para nada.

—Bueno, a ver si puedo compensártelo organizándote una cita a ciegas con otra de mis colegas.

—Prefiero que encuentres el mando.

—Dame un momento —dijo, cogiendo el móvil—. Solo un momento.

Me levanté para buscarlo yo mismo. Sabía de sobra que cualquiera con quien intentara emparejarme iba a ser un no rotundo.

Aún me estaba recuperando de las tres últimas catástrofes, a las que me refería como la Señorita Me Gusta Lamer Culos, la Señorita Soy Una Psicópata Necesitada y la Señorita Puedo Llamarte Papi.

Le encantaban las historias de mis desastres y siempre me juraba que la siguiente iba a ser mejor. Se sentía obligado a ayudarme a encontrar a alguien debido a su asfixiante sentimiento de culpa, ya que Michael había sido la razón por la que me había mudado a Spokane.

Los dos lo estábamos pasando fatal con nuestros respectivos divorcios cuando vivíamos en Florida, y después de que él se marchara y me asegurara que la Costa Oeste era mejor, yo hice lo mismo. Prometió enseñarme todas las ventajas de no tener pareja en esa ciudad y me juró que ambos podíamos vivir un nuevo sueño como solteros. Seis meses después de mi llegada, se enamoró y se casó poco después.

Desde entonces había estado vadeando las aguas de la soltería completamente solo, y, aunque buscaba algo un poco más serio, aún no había conocido a ninguna mujer con la que me apeteciera pasar de la primera cita.

—Sé que quieres a alguien de tu nivel, pero va a ser muy difícil encontrar a otra multimillonaria —comentó, sin dejar de navegar por el teléfono—. Linda y Jamie son muy atractivas y trabajadoras. Justo la clase de mujer que te gustaría.

—Ahora mismo lo que me gustaría es ver la primera parte del partido de fútbol. —Lo ignoré y seguí buscando el mando a distancia, rezando para que apareciera y me librara de esa conversación lo antes posible.

Al deslizar una mano bajo el cojín del sillón, noté algo duro, pero no era el mando, sino un montón de fotos enmarcadas. Las cogí y enarqué una ceja al ver la primera: Michael estaba junto a una mujer muy sexy en lo que parecía ser un baile de máscaras. Llevaba la cara tapada por una reluciente

máscara púrpura, pero no cabía duda de que tenía un cuerpo perfecto.

Un deslumbrante sujetador rosa ocultaba los grandes pechos, y los pantalones negros, cortos y ajustados, dejaban al descubierto sus largas piernas. El pelo rizado y oscuro estaba recogido en una larga coleta que le llegaba a los hombros desnudos.

Pasé un dedo sobre los muslos curvilíneos hasta los tobillos. No podía dejar de admirar esas piernas, imaginando que me rodeaban la cintura con fuerza y que los brillantes tacones de aguja plateados se me clavaban en la espalda mientras follábamos.

La frase *«¡Gracias por venir a verme en mi primer Mardi Gras! Nueva Orleans es increíble!»* estaba garabateada en blanco en la esquina inferior. Cuando me fijé un poco más en la foto, me di cuenta de que no llevaba el anillo de casado.

La foto databa de hacía unos años, pero me negaba a creer que hubiera tenido una aventura con esa mujer. Y aunque así fuera, no lo tenía por tan estúpido como para esconder las pruebas a plena vista.

—¿Quién leches es esta? —pregunté, enseñándole el marco—. ¿Y qué dice Eliza de que tengas enmarcadas fotos tuyas con otras mujeres?

—¿Eh? —Levantó la cabeza—. ¿Hay fotos mías con otras mujeres?

—Acabo de decírtelo. —Me acerqué a él y le puse el marco frente a la cara—. No hay duda de que este eres tú ni de que esta mujer no es Eliza, así que…

—Así que es Christina —rio, encogiéndose de hombros—. Ya te conté que le di una sorpresa y fui a verla durante el Mardi Gras hace algún tiempo. Se quejaba de no tener amigos con los que viajar, así que aparecí para salir un rato con ella. Fueron buenos tiempos.

Voy a ir al infierno de cabeza…

—Bueno, ya que estás aquí —dijo, pasándome el móvil—. Échales un vistazo a estas fotos y dime si te llama la atención alguna de mis colegas.

Cogí el teléfono y me desplacé lentamente por la galería, intentando borrar las fantasías que acababa de representarme con su puñetera hija. Hacía años que no la veía, pero, para ser sincero, jamás le había prestado demasiada atención cuando vivíamos en Florida.

Le había hecho de chófer para llevarla al aeropuerto o recogerla ahí y era el tío que aparecía algunas veces cuando iban a la playa. Poco más.

Joder…

Miré las últimas fotos sin que ninguna de esas mujeres me hubiera resultado atractiva en absoluto y le devolví el teléfono.

—No me interesa ninguna de ellas.

—¿Ninguna? —Abrió los ojos de par en par—. ¿Ni siquiera Sarah, la que tiene una sonrisa tan grande como sus pechos? Hasta a mi mujer le gusta Sarah.

Ni siquiera me había fijado en Sarah.

—Ni siquiera ella.

—Bueno, pues si no vas a aceptar más citas a ciegas, tú te lo pierdes. Pero ¿por qué no invitas a tomar algo a esa mujer de *Relatos y cartas*?

—Es *Palabras y letras*. —Puse los ojos en blanco, renunciando a toda esperanza de encontrar el mando—. Y paso. Disfruto hablando con ella y no pretendo ir más allá.

—No veo por qué no. —Se encogió de hombros—. A ver, seguro que, como se ha pasado el tiempo escondida tras una pantalla, es un puto espanto, pero habláis muy a menudo, ¿no?

—Sí.

—Pues pídeselo.

Cogí el teléfono, dispuesto a hacer cualquier cosa para distraerme y, en cuanto entré en la aplicación, vi que Bella se había puesto en contacto conmigo, pero no por correo, sino a través de la función de mensajes instantáneos que casi nunca utilizábamos, la que limitaba el número de palabras y no permitía enviar parrafadas larguísimas.

Bella: *Necesito que me cuentes con detalle cómo follaríamos.*

Vale, estaba viviendo un capítulo de la puñetera *Dimensión desconocida*. Guardé el teléfono y suspiré.

—No está conectada —expliqué—. Se lo pediré cuando llegue a casa. Tengo que decidir cuándo y dónde deberíamos quedar.

—Buena idea —aprobó—. Pero tienes que prometerme que cuando por fin te des cuenta de que es un fraude que se hace pasar por otra persona, o una estafadora cazafortunas, me contarás todos los detalles, ¿vale?

No pude responderle porque uno de sus hijos mayores, Jason, apareció corriendo, gritando a pleno pulmón. Tenía el pañal lleno de caca y se detuvo delante de mí y sonrió.

Riendo, hurgó en la parte trasera de su pañal sucio y sacó el mando a distancia.

—Me voy a casa.

5

Esa misma noche…

Ryan/Dane

Volví a abrir el mensaje directo de *Palabras y letras* para asegurarme de que había leído bien la última nota de Bella y no me estaba imaginando cosas.

> ***Bella:*** *Necesito que me cuentes con detalle cómo follaríamos.*

Pues no, no me lo había imaginado.

Pero como ya había recibido una carta escrita por Daniella, estaba convencido de que esta seguía teniendo secuestrado el teléfono de Bella, así que esperé unas horas para responder, hasta estar seguro de que había llegado a casa.

> ***Ryan:*** *¿Es esto alguna clase de juego entre tu amiga y tú? No sé, una trampa para ver si tengo algo que esconder o algo así. De hecho, ¿lo has escrito tú?*

> ***Bella:*** *No es ningún juego, te lo prometo. La razón por la que no he acabado* Mi excitante vecino *es que no soy capaz de terminar la escena de sexo central, pero ya no puedo aplazar más la publicación. Te mentí sobre la extensión, por cierto.*

> ***Bella:*** *Y sí que soy yo. Para probarlo te diré que hace dos meses mantuvimos una charla con el corazón en la mano acerca de cómo te engañó tu exesposa y de todos mis terribles exnovios. Borramos esas cartas y acordamos que nunca las habíamos escrito.*

Tamborileé en la mesa con los dedos sin saber muy bien qué estaba pasando esa noche en mi universo.

Hacía unas horas estaba tratando de procesar que la hija de mi amigo había crecido y se había convertido en una mujer increíblemente sexy y en ese momento Bella me salía con esa mierda.

> ***Ryan:*** *¿Y por qué debo decirte cómo follaríamos en lugar de leer la escena sin más y dejarte unas cuantas notas?*

Tardó varios minutos en responder.

> ***Bella:*** *Porque basé la primera mitad del libro en nosotros y en cómo nos conocimos. Incluso utilicé nuestros nombres «reales».*

> ***Ryan:*** *Mmm. En ese caso, ¿me darás parte de los derechos de autor si decido ayudarte?*

> ***Bella:*** *¡Qué! ¡No! Te estoy pidiendo ayuda como amiga. Pero puedes olvidarlo.*

Solté una carcajada cuando ella cerró rápidamente el chat. Hice clic en su nombre y le escribí una carta.

> ***Asunto:*** *Follar contigo (vía escena de sexo)*
> *Querida Bella:*
> *Seguro que sabes que no hablaba en serio cuando decía que quería parte de los derechos de autor. Teniendo en cuenta que la mayoría de tus libros cuestan entre noventa y nueve céntimos y tres dólares, me sorprende*

que esos derechos sean suficientes para ti.
Me intriga la escena y quiero leerla. Envíamela.
Ryan

***Asunto:** Re: Follar contigo (vía escena de sexo)*
Querido Ryan:
Solo te dejaré leerla si aceptas ayudarme.
Bella

***Asunto:** Re: Re: Follar contigo (vía escena de sexo)*
Querida Bella:
Mándame la puñetera escena.
Ryan

***Asunto:** Re: Re: Re: Follar contigo (vía escena de sexo)*
Querido Ryan:
Te he copiado y pegado a continuación lo que llevo y también te adjunto un par de borradores, por si quieres echarles un vistazo.

Mi excitante vecino. Escena de sexo

—¿Puedo entrar? —preguntó Ryan—. ¿Estás en casa, Bella?
—Sí, estoy aquí.
—Bueno, entonces, ¿por qué no nos comportamos como adultos y hablamos de esto en persona? Tampoco es como si no nos conociéramos después de tantos meses charlando por internet.
—Solo somos amigos, Ryan.
—Deberíamos ser más que amigos. Dime que puedo entrar. Ahora mismo.
Le dije que sí e inspiré hondo al acercarme a la puerta.
(Insertar que él está en su puerta y le dice cosas bonitas).
(Le agarra la mano y la lleva a la cocina, donde hace que se incline sobre un taburete, y follan lentamente desde atrás. Luego lo hacen de nuevo).

Fin de la escena

Bella

Pero ¿qué leches…? Parpadeé un par de veces, convencido de que se me estaba escapando algo; de que no iba en serio lo de enviarme un puñado de notas y llamarlo «escena».

Nunca se lo había dicho, pero sí que era fan de Bella J. Swan. Había leído todos y cada uno de sus libros y sabía a ciencia cierta lo malo que era ese trozo comparado con las anteriores escenas de sexo que había escrito.

Al abrir los archivos adjuntos, me di cuenta de que todos estaban igual. La única diferencia era que había mucho más diálogo al principio y expresiones como «miembro palpitante» y «húmedos pliegues».

Estaba claro que sufría un bloqueo del escritor, pero, como era demasiado testaruda para admitirlo, no me parecía buena idea decirle que la escena de sexo necesitaba una revisión completa, así que le pedí que me enviara el resto de la «novela» —las ciento cincuenta páginas— y la imprimí para hacer algunos cambios más que necesarios.

6

BELLA/CHRISTINA

Me estaba relajando en la bañera, con una copa de vino y rodeada por mi colección de velas aromáticas, pensando en cómo salir del pozo en el que me había metido yo solita. Hacía tres horas que le había pedido ayuda a Ryan; aún no me había dicho ni media palabra y estaba desconectado. Pero, al fin y al cabo, no era su problema, sino el mío.

Para ser sincera, como no podía permitirme el lujo de pasar otro mes sin publicar algo, pensé que podía escribir una novela romántica ligera en lugar de una *novelette* erótica, aunque tuviera que reescribir más de la mitad. Además, tampoco tenía claro que mis lectores no fueran a odiarme si el libro no tenía escenas de sexo.

Incluso me planteé organizar el concurso *«Ayúdame a escribir una escena picante»,* pero sabía que no iba a funcionar; solo habría provocado más preguntas y un montón de cejas enarcadas.

Asunto: *La escena de sexo*
Querida Bella:
Quiero pensar que, si tú y yo folláramos, no habría mucha conversación previa (ya hemos hablado bastante), así que he quitado todas las líneas de diálogo salvo tres. También he hecho caso omiso de todas las notas en las que aclarabas que Ryan lo hacía lentamente y con ternura, porque la primera vez que follara con Bella eso no pasaría.

Además, tiendes a no describir lo suficiente el pene del héroe o la reacción de la heroína, por lo que, o bien te parece que no aporta nada a la historia (sí lo hace), o bien nunca has visto uno digno de escribir sobre él.

Te adjunto una foto del mío para ayudarte. No puedo escribir la descripción por ti, pero creo que esto debería inspirarte un mínimo de mil palabras.

Por último, no sé muy bien cómo eliges los títulos de tus libros, pero creo que una mejor opción para este sería ¿Puedo entrar? *en lugar de* Mi excitante vecino, *pero solo es una opinión.*

Mi excitante vecino. Escena de sexo.

—¿Estás ahí, Bella? —sonó de nuevo la voz de Ryan—. ¿Puedo entrar? —No sabía qué contestar. Ese hombre y yo llevábamos meses hablando por internet, y en ese momento lo tenía al alcance de la mano y me moría por follar con él, por hacer realidad todas sus fantasías y por saborear esa boca arrogante—. Responde, Bella —ordenó tras una pausa—. ¿Puedo entrar?

—Sí.

Me acerqué a la puerta y la abrí de un tirón; al verlo, me quedé sin aliento: llevaba una camiseta gris oscura y unos vaqueros azules con la cintura muy baja. Me miró con calma, apoyado contra la pared, con una expresión que me dejó sin palabras: salvaje y sexy.

Me acerqué y clavé mis ojos en los suyos: el silencio hablaba por nosotros. Había admitido que quería follar conmigo, que era lo que más deseaba.

Sin decir palabra, me besó, me agarró de la cintura y me pegó a él. Sus labios dominaron los míos en cuestión de segundos y gemí mientras me besaba, mientras hacía que no quisiera volver a besar a otro hombre.

Deslizó una mano por debajo de mi vestido y la metió entre mis muslos; me arrancó con un gesto suave las bragas de encaje, que cayeron al suelo en un charco de seda húmeda, y me acarició el culo.

Apartó la boca de la mía, sacó un condón del bolsillo y me lo dio, ordenándome en silencio que se lo pusiera, pero yo solo podía mirar su enorme y grueso pene.

Más que excitada, me arrodillé y lo deslicé entre mis labios, hasta llevar la punta al fondo de la garganta. Moví la cabeza contra su cuerpo, chupando con movimientos rápidos, cada vez más profundos, y él dejó escapar un gemido. Supe que se moría por correrse en mi boca al sentir cómo palpitaba, pero me

agarró del pelo, tiró de mí y me obligó a mirarlo.

—El condón. Ya.

Obedecí: abrí el envoltorio y se lo puse en un momento. Me agarró la pierna izquierda, me la puso alrededor de su cintura y se deslizó lentamente en mi interior. No me dio ni un segundo para adaptarme a su enorme longitud: me penetró hasta el fondo.

—¡Aaah! —grité, abrumada por la sensación. Le clavé las uñas en la nuca e intenté aguantar unos segundos más, pero nunca me había sentido tan llena y tan complacida a la vez. El éxtasis palpitaba entre mis muslos con cada embestida, y, cuando me pellizcó el culo y me mordió en el hombro, sin perder su ritmo implacable, perdí el control por completo—. ¡Joder, Ryan! —bramé con todas mis fuerzas.

Me fallaron las piernas al llegar al orgasmo, y sin soltarme la cintura, embistió unas cuantas veces más hasta alcanzar su propia liberación.

Jadeando, me ayudó a mantenerme en pie antes de salir de mí, y me dio un una palmada en el culo. Todavía estaba intentando recuperar el aliento cuando me levantó y me cargó sobre su hombro.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Te llevo a mi casa. Esto no ha hecho más que empezar.

FIN DE LA ESCENA

Bueno, de la primera parte. También te he adjuntado la continuación. Puedes copiarlas y pegarlas antes de publicar la novela.

Ryan

Abrí el archivo adjunto que me había enviado y se casi se me cayó la mandíbula al suelo. Su pene largo y grueso se erguía duro como una roca sobre un pantalón de chándal gris y, como si sospechara que iba a poner en duda la autenticidad de la foto, sobre el escritorio, al fondo, estaba la copia impresa de la carta que acababa de escribirme.

Tiene que medir por lo menos veinte centímetros.

No sé si me cabría en la boca.

Ya estaba más que húmeda después de leer la escena, pero, tras ver esa foto, solo pude quedarme mirando la pantalla, incrédula y necesitada. Cogí el vibrador de la repisa de la bañera, deslicé la mano entre los muslos —olvidando por completo mis problemas editoriales—, puse la suave boquilla de goma contra mi clítoris, lo encendí en la potencia más baja y eché la cabeza hacia atrás. Me mordí el labio y cerré los ojos, imaginando el miembro de Ryan enterrado dentro de mí, pensando en cuántas caricias podía aguantar hasta correrme.

Cuando subí un poco la potencia, el teléfono vibró contra el borde de la bañera con un nuevo mensaje.

Asunto: *De nada*
Querida Bella:
Si has terminado de leer la escena, ¿vas a darme las gracias?

Ryan

P. D.: ¿Has abierto la foto? ¿Te imaginas a la Bella de la vida real metiéndosela hasta la garganta, como hace en la escena?

Asunto: *Re: De nada*
Querido Ryan:
Muchas gracias.

La primera parte de la escena es increíble, y estoy deseando leer la otra que has adjuntado.

Bella

P. D. 1: Sí, la he abierto. Pero, a diferencia de la Bella del libro, yo no habría permitido que me apartaras hasta que te corrieras. Y, desde luego, me lo habría tragado todo.

P. D. 2: Esa foto ha hecho que me moje más que tu escena. Si las cosas fueran diferentes, te preguntaría si podía cabalgarte…

Lo envié antes de poder pensarlo mejor, me incorporé, dejé el vibrador y salí de la bañera; me puse la bata, inspiré hondo un par de veces y medité sobre cómo hacer que la conversación volviera al terreno de la amistad.

Asunto: *Al margen de eso, ¿cómo te va a la semana?*
Querido Ryan:
¿Has leído algún libro de autoayuda últimamente? El otro día me compré El poder de los hábitos *e* Implacable*, y de momento he conseguido leer unos cuantos capítulos de ambos. Me vendría bien tener algo pensado para cuando termine.*

Bella

Asunto: *Re: Re: De nada*
Querida Bella:
No voy a abrir ese mensaje que lleva de asunto «Al margen de eso». Creo que deberíamos conocernos en persona.

Ryan

Asunto: *Re: Re: Re: De nada*
Querido Ryan:
Pensaba que solo éramos amigos virtuales. Y tengo que acabar una novela.

Bella

Asunto: *Re: Re: Re: Re: De nada*
Querida Bella:
Eso ha cambiado cuando me has dicho que habías escrito una escena de sexo conmigo. Tampoco tiene por qué ser un encuentro demasiado largo, y no, no tienes que acabar una novela.

Yo acabo de hacerlo por ti.

Ryan

Asunto: *Re: Re: Re: Re: Re: De nada*
Querido Ryan:
En realidad no éramos nosotros, solo dos personajes que se conocen por internet, llevan nuestros mismos nombres y comparten algunas similitudes con nosotros.

Si estuviera interesada (y no tuviera mis dudas), ¿cuándo quieres que nos veamos? ¿Y durante cuánto tiempo?

Bella

Asunto: *Re: Re: Re: Re: Re: Re: De nada*
Querida Bella:
Has copiado y pegado algunas de nuestras cartas en el puñetero libro.

Este fin de semana. Un día si no te atraigo; una semana si sí.

A ver qué te parece esto: coges un vuelo el sábado, nos encontramos en la zona vip y salimos a cenar. Y, si te apetece, vamos a mi casa y organizamos juntos el resto de la semana. Si no, pues te pagaré una habitación en un hotel y te llevaré al aeropuerto al día siguiente.

Avísame si sigues teniendo dudas.

Ryan

No le contesté.

7

RYAN/DANE

Durante más de una hora no apareció ni un triste mensaje de Bella en mi bandeja de entrada. Todavía estaba duro después de haber leído lo de «tragárselo todo», y necesitaba que me confirmara que iba a coger un vuelo para verme, o íbamos a tener un problema.

No creía que me estuviera mintiendo, e, independientemente de que siguiéramos sintiéndonos atraídos el uno por el otro al vernos en persona, ya era hora de ponernos cara. A la mierda con el acuerdo anterior.

Actualicé la aplicación unas cuantas veces más y salí al balcón para tomar una copa y releer nuestros mensajes recientes.

Cuando terminé, por fin respondió.

Asunto: *Dudas/conocerte en persona*
Querido Ryan:
Lo que has planeado para vernos este sábado me suena mejor que bien.
Mañana reservaré el vuelo, pero tengo que saber a dónde. Vives en Washington, ¿verdad?
Bella
P. D.: Ya que has sido tan amable de enviarme una foto tuya, te adjunto una mía.

Abrí el adjunto y me puse duro una vez más: llevaba una falda de un rojo intenso, tenía las piernas abiertas y dos dedos entre sus húmedos pliegues, lo que me dejaba ver perfectamente por dónde quería deslizar mi lengua.

Me arrepentí al instante de haberle pedido que reservara un vuelo: debí haberme ofrecido a viajar yo, porque me habría subido a un puto avión esa misma noche.

Joder…

Asunto: *Re: Dudas/conocerte en persona*
Querida Bella:
Coge un vuelo al aeropuerto internacional de Spokane. El viernes.
Ryan

8

BELLA/CHRISTINA

Era increíble que me hubiera comprometido a hacer un viaje de última hora a la Costa Oeste solo por un calentón, porque no podía permitírmelo, aunque sabía que no aparecer no era una opción. Conociendo a Ryan, habría cortado la comunicación alegando que yo era un fraude.

—¿Cuánto quieres que te preste? —Daniella chasqueó los dedos delante de mi cara, arrancándome del curso de mis pensamientos.

—Dos mil cuatrocientos veintiséis dólares —respondí—. Ah, y sesenta y ocho centavos. Hasta que me paguen a finales de mes.

—Eso es un montón de dinero, Christina —suspiró—. Y este mes ya estoy hasta el cuello. ¿Es para algo urgente?

—¿La posibilidad de echar un polvo por fin cuenta como «algo urgente»?

—Eeeh… no. —Me miró, confusa—. En serio, ¿para qué es?

—Tienes que prometerme que no vas a mirarme mal.

—Demasiado tarde.

—Es para reservar un billete de avión para ir a conocer a Ryan —confesé—. Por fin hemos quedado para vernos en persona.

—Ah, vaya. ¿De verdad? —Sacudió la cabeza—. Pero ¿qué leches me estás contando? No pienso financiarte un polvo con un desconocido, y menos a ese precio. ¿Vive en el extranjero o algo así?

—No, vive en Spokane, Washington.

—Pues deberías llamar a tu padre y preguntarle si puede pagártelo, porque está a cuarenta minutos de ahí.

La verdad era que ya me lo había planteado, pero mi padre me habría obligado a asistir a una de sus fiestas de empresa, su mujer se habría empeñado en sacarse un montón de fotos conmigo y mi madre habría perdido la cabeza al verlas publicadas en Facebook.

—Puedes coger un autobús —sugirió Daniella—. O un tren. Así, si es horrible, puedes coger otro el mismo día en vez de esperar un vuelo.

—Ahí le has dado…

—Genial, ahora échame una mano —sonrió—. La escena del perrito de *La Bella y la Bestia* no va a limpiarse sola.

Dejé escapar un suspiro, cogí el aspirador y me puse a limpiar, aunque aproveché hasta el último segundo que tuve libre para buscar billetes de autobús y tren. Al cabo de un rato, descubrí que no había autobuses con destino a la Costa Oeste hasta la semana siguiente, así que no me quedó más remedio que decírselo a Ryan.

Asunto: *Conocernos en persona*
Querido Ryan:
Supongo que ahora pensarás que soy una timadora, pero te aseguro que no es así. El caso es que no puedo permitirme coger un vuelo a Spokane este fin de semana, pero puedo reservar plaza en un autobús dentro de una semana y media.
No te estoy pidiendo dinero, que conste: solo quiero que sepas que ahora mismo un vuelo de última hora está fuera de mi alcance.
Espero que no te enfades por el cambio de fecha o pienses que estoy poniendo excusas.
En cuanto me respondas y me digas que te parece bien, compraré el billete.
Bella

Asunto: *Re: Conocernos en persona*

Querida Bella:

Sí que pareces una timadora, pero me fiaré de ti. Como no quieres darme tu nombre real hasta que nos veamos, no creo que pueda hacerte una transferencia a una cuenta bancaria verificada.

De todos modos, recuerdo que mencionaste que tenías bitcoins, así que, si me das tu número de cuenta, te enviaré cinco mil dólares en bitcoins, siempre y cuando aceptes volar en primera clase.

No compres el billete de autobús. Prefiero que llegues este fin de semana. Invito yo.

Ryan

P. D.: Te esperaré en la zona vip de recogida de equipajes. Llevaré un cartel que dirá: «Bella, después de siete meses, me alegro de conocerte».

9

Ese fin de semana…

Bella/Christina

Cuando bajé del avión en el aeropuerto internacional de Spokane apenas sentía el suelo bajo mis pies. El vino que había tomado en primera clase todavía corría por mis venas y ayudaba a mantener mis nervios a raya.

Entré en el primer aseo que encontré, fui al espejo y me eché un último vistazo. Quería asegurarme de que no quedaba ninguna duda sobre lo que me apetecía hacer después de cenar.

Me había alisado el pelo y me lo había recogido en una coleta; llevaba los labios pintados de un brillante tono rosa y un vestido gris claro escotado que dejaba ver la curva de mis pechos de copa C.

Me lo bajé un poco más, justo por encima de las areolas, para dejar bien claras mis intenciones.

Levanté los pies para asegurarme de que les había arrancado las etiquetas a los zapatos rojos con tacón de aguja, y di una vuelta para comprobar que el enorme bolso que me había comprado hacía juego con ellos.

Me cosquilleaba el cuerpo entero al pensar en todas las travesuras que Ryan había puesto por escrito en esa escena de sexo, y confiaba en que hiciera realidad todas y cada una de ellas. Me había pasado toda la semana pensando en tenerlo dentro de mí, y me había distraído tanto que casi me había olvidado de publicar *Mi excitante vecino*.

Esperaba que fuera atractivo, pero me había preparado para la posibilidad de que tuviéramos que dar marcha atrás y reconocer, con absoluta incomodidad, que no iba a funcionar y que era mejor seguir escribiéndonos semanalmente sin necesidad de vernos cara a cara.

Aunque si el tío resultaba ser un simple cinco sobre diez, iba a follar con él y punto.

Salí del aseo, atravesé el vestíbulo C y me dirigí hacia la recogida de equipajes, abriéndome paso entre la multitud hasta la zona de tránsito vip.

Me acerqué a la fila de conductores con esmoquin que sostenían minipizarras, entrecerré los ojos e intenté encontrar mi nombre.

«Rachel Vine». «Ashley Carrington». «Janet Alwyn…». ¿«Bella»? No, pone «Bella Turner», gracias a Dios.

Llegué al final de la cola sin encontrar a nadie que llevara un cartel con mi nombre y entonces vi que había otra fila al otro lado del carrusel.

Inspiré hondo, me acerqué y miré las pizarras blancas.

«Alex Mitchell». «Tamisha Draper…».

—¿Christina? —Una voz grave me llamó por mi nombre real y me apartó de mi búsqueda.

Confundida, miré a mi alrededor hasta encontrar una cara conocida: era Dane, el mejor amigo de mi padre.

—Hola. —Llegué junto a él, rezando para que no me retuviera demasiado tiempo.

—Hola. Hacía mucho tiempo que no venías —saludó, luciendo su perfecta sonrisa de dientes nacarados—. ¿Qué tal te va? ¿Sigues dando esas tutorías?

—No, ahora me dedico a otra cosa —respondí—. A una que me gusta de verdad.

—¿Y de qué se trata?

—Nada emocionante, solo mejor que dar clases a un puñado de universitarios malcriados. —Cambié de tema—. ¿Ahora te dedicas a conducir limusinas? ¿Vas a recoger a un famoso o…? —Las palabras murieron en mis labios al ver su pizarra: *«Bella, después de siete meses, me alegro de conocerte. Ryan».*

Ay. Dios. Mío.

Abrí los ojos de par en par al releer sus palabras manuscritas y me convencí de que mi vista me estaba jugando una mala pasada.

Él volvió la cabeza hacia el final del pasillo, como si intentara ver si ya había llegado la persona a la que esperaba.

Que era… yo.

Me ardieron las mejillas cuando sus impresionantes ojos azules se encontraron con los míos, y me di cuenta de que aquello no era un juego ni una coincidencia.

El hombre que estaba frente a mí, con el que había estado hablando durante casi un puñetero año, era el mejor amigo de mi padre.

¿Ryan es Dane? ¿Dane es Ryan? Pero qué cojones…

—No soy chófer de limusinas —aclaró, y sus labios dibujaron una sonrisa que me pareció mucho más sexy de lo que recordaba—. He venido a recoger a una buena amiga. —Asentí, incapaz de pronunciar palabra. *Le he enviado a este tío una foto de mi coño*…—. ¿Qué te trae por la ciudad? ¿La fiesta de aniversario de la empresa de tu padre o el inminente nacimiento de su hijo? —preguntó, y nuestras miradas volvieron a encontrarse—. Supongo que las dos cosas, ¿no? —No dije nada. Me quedé ahí plantada, mirándolo—. ¿Te encuentras mal? —Me puso la mano en la frente, y hasta la última célula de mi cuerpo estalló en llamas—. ¿Quieres que vaya a buscar un analgésico en alguna tiendas?

—No, yo… —Me aclaré la garganta y di un paso atrás.

Me reproché una y otra vez no haberle prestado nunca demasiada atención, no haberme fijado nunca en su fugaz presencia en mis recuerdos, porque no podía negar la evidencia: era un tío muy sexy.

Llevaba el pelo negro oscuro bastante corto, pero algunos mechones le caían sobre las gruesas cejas. La camisa blanca se ceñía a sus músculos en todos los lugares adecuados, y las mangas cortas dejaban al descubierto un tatuaje negro y gris que serpenteaba alrededor de la parte superior de su brazo izquierdo. La uve perfectamente tallada de su vientre se veía un poco por encima de la cintura de sus vaqueros azul oscuro.

Unos vaqueros que esconden la polla más perfecta que he visto nunca...

—¿Christina? —Enarcó una ceja—. ¿Quieres ese analgésico?

—No. —Sacudí la cabeza, saliendo del trance—. Seguro que mi amigo tendrá algo. Ya me lo dará cuando… eeeh… cuando llegue.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—No tiene nombre.

—¿Eh? —Enarcó la otra ceja—. ¿Estás segura de que estás bien?

—Sí, sí. En cuanto encuentre una tienda ya me compraré yo algo —respondí, ajustándome la bandolera del bolso—. Me va a hacer falta. Eso y vino. Mucho vino.

Sonrió, divertido.

—Vale, pero no tomes las dos cosas al mismo tiempo. ¿Cuánto vas a quedarte?

—La verdad es que no lo sé…

—¿No?

—Es que depende… —Di otro paso más para alejarme de él—. He venido por un proyecto de mi nuevo trabajo, así que depende de cuánto tiempo me lleve, pero…, sí, eeeh… Adiós. —Di media vuelta y me alejé corriendo.

—¡Ha sido un placer verte, Christina! —lo oí gritar.

No tenía ni idea de hacia dónde leches estaba corriendo, de adónde podía ir, pero me daba igual. Zigzagueé entre los viajeros con el corazón a mil por hora, ignorando el dolor de pies.

Me detuve ante el mostrador, pero sabía de sobra que no podía permitirme un vuelo a casa en el mismo día.

Cogí el teléfono, busqué el hotel Hilton más cercano y usé algunos puntos para hacer una reserva. Luego seguí las indicaciones para llegar a la parada de taxis, agradeciendo en silencio que estuviera lejos de Dane.

Me deslicé en el asiento trasero del primer taxi amarillo que paró, cerré los ojos y me apoyé en la ventanilla, rezando para que todo aquello solo fuera una pesadilla de la que no iba a tardar en despertar.

9,5

Ese fin de semana…

Bella/Christina

Esa misma noche salí de la ducha dolorida: no podía soportar más chorros de agua hirviendo contra mi piel ni más pensamientos sobre Dane.

Me envolví en una toalla, entré en el dormitorio y me acerqué a las ventanas. Me quedé mirando los aviones que descendían hacia la pista, preguntándome cuánto tiempo llevaba Dane allí esperándome, o si siquiera seguía ahí.

Entre curiosa y culpable, me dejé caer en la cama y abrí el portátil para conectarme a *Palabras y letras*.

En cuanto entré en mi perfil saltó un aviso para advertirme de que tenía un nuevo mensaje de Ryan/Dane.

Dudé si salir a cenar antes de leerlo o incluso si aguantarme las ganas hasta el día siguiente, pero ganó la curiosidad.

Asunto: *Nuestro encuentro de hoy*

Querida Bella:

Voy a hacer algunas suposiciones sobre por qué me mentiste descaradamente sobre venir a Spokane y por qué me has hecho perder el puñetero tiempo.

Uno: has cambiado de opinión en el último momento porque no querías echar a perder nuestra relación actual.

Si se trata de eso, te perdono, pero como sabes lo mucho que valoro mi tiempo, no responderé a más mensajes tuyos. La mujer a la que he llegado a conocer nunca habría hecho una mierda como esta. Claro que tal vez no fuera como pensaba.

Dos: me has estado mintiendo todo este tiempo, y por fin se ha acabado tu farsa.

Eso sí que no voy a perdonártelo, pero te agradecería que me dieras una explicación sobre cuál es la verdad. Después de siete meses intercambiando correspondencia, me lo debes. Sea lo que sea.

Ryan

10

RYAN/DANE

A la mañana siguiente actualicé la bandeja de entrada por enésima vez, frustrado por la falta de respuesta de Bella.

Tendría que haberlo sabido, joder.

No solía tardar tanto en responderme, sobre todo últimamente, y no podía creer que me estuviera ignorando.

Aunque la situación estaba clarísima, yo no dejaba de decirme a mí mismo que se había subido a ese avión, había aterrizado, me había visto y había cambiado de opinión.

Imposible.

Mi ego no estaba en absoluto dispuesto a tragarse ese razonamiento.

Salí al balcón y cerré la exclusiva caja de vino que había dejado enfriando la noche anterior. Traté de apartar de mi mente todos los planes: follar con ella contra la barandilla, bajo la lluvia; echarla sobre la silla de mi dormitorio y penetrarla hasta que gritara mi nombre con todas sus fuerzas…

Volví a dejar las botellas en la bodega y cancelé la reserva para tomar el *brunch* en la montaña.

Mientras actualizaba mis mensajes una vez más, mi teléfono vibró con una llamada. Era Michael.

—¿Sí? —respondí.

—Tenemos que cancelar lo de esta noche —explicó—. Eliza va a dar a luz antes de tiempo.

—Entonces, ¿por qué leches no me has enviado un mensaje? —pregunté—. Deberías estar en la sala de partos.

—Eh, que no soy tan gilipollas —rio—. Le van a inducir el parto dentro de un par de horas. Y ni se me ocurriría llamarte entonces. No eres tan importante para mí.

—Tomo nota. —Puse los ojos en blanco—. De todos modos, tenía planes e iba llamarte yo para dejarlo para otro momento. Quizá la semana que viene.

—Perfecto —aprobó—. Su madre está aquí y ya me está volviendo loco, así que para entonces estoy convencido de que querrá descansar de mí. La quiero, pero odio a su familia. —Hizo una pausa de unos segundos—. Si pudiera estrangular a algunos de ellos o darles una paliza, lo haría sin dudarlo.

—No voy a ser cómplice de tus pensamientos homicidas —me burlé—. Voy a colgar.

—Por favor, no —rogó—. Por favor, habla conmigo unos minutos sobre cualquier cosa que no sea el bebé o mi matrimonio. —Iba a preguntarle por la fiesta de empresa, pero se me adelantó—. Sus padres me han exigido que cancele el evento de este fin de semana. Y hace dos semanas ya me dijeron que tenía que reprogramarlo y celebrarlo en nuestra finca, y lo hice, aunque solo fuera para que me dejaran en paz, así que no puedo aplazarlo otra vez porque los inversores se cabrearían, pero sus padres no lo entienden.

—Lo sé. —Sonreí—. ¿Por eso le has dicho a Christina que viniera? ¿Para usarla como excusa para no tratar con tu familia política?

—¿Eh? Yo no le he dicho a Christina que venga —respondió—. Su vuelo no será hasta dentro de unas semanas. Al menos, eso fue lo que me dijo la última vez que hablamos.

Reprimí un suspiro, porque no sabía si le había echado a perder la sorpresa.

—La vi de pasada anoche en el aeropuerto —expliqué—. Me contó algo sobre un proyecto o algo por el estilo, así que, si he metido la pata, hazme el favor y finge que no lo sabías.

—Lo haré —rio—. ¡Eh, espera! Estabas en el aeropuerto para recoger a esa amiga de internet, ¿verdad? ¿Era como esperabas que fuera?

—No sabría decirte. No apareció. —Se hizo el silencio durante varios minutos, y supe que estaba tapando el auricular para partirse de risa a mi costa—. Puedes soltar tu «Te lo dije, Michael».

—Ah, voy a soltar mucho más que eso. —Sus carcajadas se oyeron a través de la línea—. Da gracias de que no le enviaste dinero ni caíste en la trampa en la que te estaba enredando. Ninguna mujer en su sano juicio cogería un vuelo para ir a ver a un tío después de meses intercambiando mensajes a través de una *app*. Ni siquiera te ha enviado una foto, y eso es una señal de advertencia enorme. —Me serví un vaso de whisky y suspiré, dejando que me dijera todo lo que debía oír—. Podrías tener a la mujer que quisieras, Dane. Ya va siendo hora de que dejes de perder el tiempo con esa estafadora. Y de que dejes lo de las citas por internet, aunque solo sea durante un tiempo. —Ya no se estaba riendo—. Por favor, dime que no le has contado a Christina por qué estabas de verdad en el aeropuerto. Irá corriendo a contárselo a su madre y ella se las apañará para meterme en el medio.

—No, tenía prisa —respondí—. Ni siquiera… —Me detuve a media frase cuando mi mente regresó al día anterior, cuando la había visto.

Había oído murmullos y susurros entre los chóferes: *«Menuda mujer», «Joder, qué sexy»* y *«Por favor, que sea la que he venido a buscar»*. Me había esforzado por ver de quién hablaban, y cuando la preciosidad de ojos marrones vestida con un ajustado vestido gris se había acercado, me había dado cuenta de que era Christina. Aunque jamás lo habría dicho, estaba claro que había cogido un vuelo para follar con alguien. La excusa del proyecto había sido una completa gilipollez, porque ese vestido lo decía todo: realzaba sus pechos, y el escote era tan bajo que dejaba ver el sujetador negro de encaje.

Me había sentido culpable por mirarla, por preguntarme de pasada qué aspecto habrían tenido esos tacones de aguja rojos alrededor de mi cintura, pero había apartado con rapidez ese pensamiento y la había llamado.

Al principio me había parecido la de siempre, con esa típica pose distante aunque amistosa, pero después se había quedado mirando mi pizarra durante varios segundos, había cambiado de actitud y había empezado a actuar de forma extraña: había abierto los ojos de par en par, se había sonrojado y casi se había caído al dar un paso atrás. Y entonces…

Mi mundo dejó de girar. Bella sí que había aparecido: era Christina.

Pero qué cojones…

—Ah, oye. —La voz de Michael interrumpió el curso de mis pensamientos—. Tengo que dejarte. Las enfermeras dicen que ya es la hora. Hablamos luego.

Colgué en estado de *shock:* durante todo ese puñetero tiempo había estado hablando con la hija de mi mejor amigo.

Una parte de mí quería creer que no era cierto, que Bella no era Christina. La otra quería aceptarlo y confrontarla al respecto. Y, bueno, hacer mucho más que eso…

Encendí un habano y me tomé mi tiempo para fumármelo, haciendo un recorrido mental por los siete últimos meses. Encendí otro puro y me serví otra copa de whisky. Mis pensamientos oscilaban entre los pros y los contras de dirigirme a ella.

A las nueve y media decidí abrir la aplicación y enviarle un mensaje, pero ella se me adelantó.

Asunto: *Re: Nuestro encuentro de hoy*

Querido Ryan:

Supongo que por fin tengo que confesar y revelar el engaño.

Respecto a tu mensaje anterior, tienes razón. Te debo la verdad, que es la que apuntabas en tu segunda opción: no soy la persona que dije ser, y ya no puedo fingir más.

Que conste que me ha gustado mucho conocerte y que he disfrutado con tus cartas más que con las de cualquier otra persona de la aplicación. Y te consideraba un gran amigo.

No espero respuesta, y no te enviaré más mensajes.

Atentamente.

Bella

11

BELLA/CHRISTINA

No sé por qué me ha hecho tanto daño enviarle esa carta, pero me ardía el pecho y mi corazón y mi cerebro se balanceaban en un péndulo de lujuria y vergüenza. Sabía que estaba perdiendo a un buen amigo al dejar marchar a Dane, pero también estaba convencida de que era mejor alejarme ya de él y no esperar a regresar a casa.

Me bebí una copa hasta los topes de vino e intenté concentrarme en otra cosa, en lo que fuera, pero fue inútil.

Hasta ese momento, lo único que había sacado de esa pérdida, lo único que estaba ayudando a calmar un poco la agonía era la foto de su pene. Había escrito cinco nuevas escenas de sexo utilizándola como inspiración mientras estaba encerrada en esa habitación.

Y la noche anterior, tumbada en la cama, me había quedado mirando la foto y la había usado como musa. Me había masturbado descaradamente al imaginarlo deslizando la lengua por mis pliegues hasta hacerme gritar su nombre.

Vaya. Es hora de escribir otra escena de sexo.

Abrí el portátil y descorché la segunda botella de vino de la noche. Estaba a punto de abrir el documento *Extraños en Spokane* cuando alguien llamó con fuerza a la puerta.

—¡Ya voy, ya voy! —Me abotoné la camisa y cogí unos billetes de dólar de la mesilla.

Ese hotel tenía un servicio excelente: me llevaban copas de vino frescas cada pocas horas, como si supieran que estaba decidida a beber durante todo el tiempo que durara mi estancia.

Me acerqué a la puerta y la abrí.

—Muchas gracias por…

La frase se atascó en mis labios al ver a Dane.

—Hola, Bella —saludó con voz grave.

Jadeé, incapaz de responder al tenerlo tan cerca. Sus labios se curvaron en una mueca y sus hermosos ojos se clavaron en los míos.

Tenía un aspecto aún más sexy que el día anterior: llevaba una camiseta negra que se ceñía a los músculos de su pecho y unos vaqueros azul oscuro que también marcaban esa uve perfectamente definida de sus caderas.

Nos quedamos mirándonos durante varios segundos, sin movernos, sin encontrar las palabras adecuadas para iniciar una conversación.

—Hola, Ryan —fue lo único que se me ocurrió pronunciar. Se me endurecieron los pezones y se me empaparon las bragas cuando él se lamió los labios.

—¿Me vas a dejar aquí fuera? —preguntó—. ¿O vas a dejarme entrar para que hablemos?

—No estoy segura. —Se me aceleró el corazón cuando el acortó la distancia que nos separaba—. No creo que haya nada que decir…

—Tienes razón. —De pronto, se abalanzó sobre mis labios y, en apenas un segundo, estaba besándome como si no hubiera un mañana. Sin decir palabra, me rodeó la cintura con los brazos y avanzó lentamente, haciéndome retroceder hasta el interior de la habitación.

La puerta se cerró de golpe detrás de nosotros cuando me empujó contra una ventana.

—Aaah. —Gemí cuando me inmovilizó con las caderas.

Me mordió con fuerza el labio inferior y lo mordisqueó cuando intenté llevar el control del beso; me miró como diciendo «No vuelvas a hacerlo» y deslizó su lengua junto a la mía, apoderándose por completo de mi boca.

Lo agarré del pelo y siguió besándome con un ritmo rápido y temerario que no alcanzaba a comprender pero que tampoco quería frenar.

De repente, apartó su boca de la mía y me abrió la camisa; los botones volaron por toda la habitación. Me besó en el cuello, me lamió la piel y me dio un mordisco juguetón al que siguieron unos besos largos y profundos que, sin duda, iban a dejarme una marca.

—Joder… —Cerré los ojos y él me acarició la espalda desnuda y me desabrochó el sujetador con facilidad.

La prenda cayó hacia delante y él se metió en la boca el pezón derecho; con la otra mano me acariciaba el izquierdo. Pasó la lengua por cada uno de ellos hasta que se endurecieron y me entregué a él, en éxtasis.

Agarró el cordón de mi chándal y tiró de él para ordenarme en silencio que me lo quitara. Obedecí y él hizo lo mismo con su camiseta y dejó al descubierto unos abdominales perfectos.

Sin dejar de mirarme, se desabrochó los vaqueros y se los quitó lentamente; entre nosotros solo quedaba un calzoncillo azul marino.

—Esto es lo que quieres, ¿verdad? —Me agarró mano, la puso contra el bulto de su entrepierna y la usó para acariciarse—. Sácala —ordenó con voz ronca.

Asentí, deslicé una mano dentro de la tela y me mordí el labio inferior mientras liberaba su miembro, y me di cuenta de que la foto no le hacía justicia: sin duda medía veinte centímetros y estaba duro como una roca y ansioso por enterrarse profundamente en mi interior.

No pude mirarlo mucho más tiempo: la boca de Ryan encontró la mía y liberó un nuevo torrente de besos dominantes.

Intenté apartarme de él, jadeante, arrodillarme y probarlo entre mis labios, pero no me lo permitió.

—Puedes tragártelo todo mañana —susurró.

Deslizó las manos entre mis muslos y me acarició el sexo empapado antes de meterme un dedo hasta el fondo.

Arqueé la espalda cuando introdujo otro y puso el pulgar contra mi clítoris y lo acarició hasta que se hinchó contra las yemas de sus dedos.

Nunca había estado tan mojada, tan excitada y ansiosa…

—Ay, Dios mío —murmuré al sentir que su pene me rozaba el muslo. Apartó la mano, se agachó y sacó un preservativo del bolsillo del pantalón. Me lo dio y yo se lo puse lentamente.

—Túmbate en la cama —dijo con fuego en la mirada. Obedecí y me senté en el borde del colchón.

Sonrió y se acercó con rapidez. Me agarró de los tobillos y me dio la vuelta: quedé frente al espejo que iba del suelo al techo, al otro lado de la habitación.

Sus ojos se encontraron con los míos en el reflejo cuando se puso a mi espalda. Desde el espejo aún parecía más dominante.

—Ponte a cuatro patas —susurró; con una mano me acarició entre las piernas y con la otra me dio un palmada en el culo.

Con las miradas aún clavadas en nuestro reflejo, se deslizó en mi interior de golpe.

—Joder, joder… —Me aferré a las sábanas cuando se enterró profundamente dentro de mí y me embistió con más fuerza de lo que jamás había experimentado.

Me mantuvo bajo su control con las caderas y no bajó la intensidad de su ritmo duro e implacable, haciéndome gemir cada vez más fuerte con cada caricia.

Cerré los ojos y grité de placer cuando se adueñó de mi cuerpo, pero me tiró del pelo al momento.

—Abre los ojos, Christina —musitó—. Quiero que mires mientras follamos —dijo, pero yo mantuve los ojos cerrados. Me tiró del pelo con más fuerza y me dio una palmada en el culo, obligándome a abrir los ojos, que encontraron los suyos a través del reflejo; contemplé nuestros cuerpos entrelazados, cómo follábamos.

Me dio un largo beso en el hombro y aceleró sus embestidas.

No podía apartar los ojos de él, de nosotros. Me quedé embelesada viéndolo chocar contra mí,

sintiéndome en la gloria al tenerlo dentro.

Más excitada que nunca, deslicé una mano entre mis muslos y me acaricié con dos dedos el clítoris hinchado.

Gemí de placer y me adapté a su ritmo, y fue entonces cuando él se quedó embelesado mirando cómo recibía sus embestidas, cómo me pegaba a él y le daba tanto como recibía.

—Joder, Christina —gimió; me agarró el cuello y apretó con suavidad.

Mi sexo palpitó a su alrededor y él soltó lentamente la mano y me pasó la lengua por la espalda.

—Quiero que te corras, Christina.

Me aferré de nuevo a las sábanas cuando el orgasmo ascendió por mi columna y las piernas me temblaron.

—Estoy… Aaah. Voy a… Voy a…

—Sí —susurró—. Lo sé.

Eché un último vistazo a nuestro reflejo para ver cómo me penetraba y grité su nombre mientras me derrumbaba bajo él.

Dios mío…

Empujó en mi interior un par de veces más; me agarró de las caderas y se quedó paralizado cuando lo recorrió su propio orgasmo.

Durante varios minutos no se oyó nada más que el sonido de nuestras respiraciones jadeantes y el de los besos húmedos que me daba en el hombro desnudo.

—Ahora vuelvo —dijo, saliendo lentamente de mí.

Contuve un suspiro al perder su contacto, muriéndome por sentirlo otra vez en mi interior. Poco después, deslizó una mano bajo mi cuerpo e hizo que me diera la vuelta.

Me miró fijamente pasando una mano de mi cuello a mi estómago hasta descender de nuevo entre mis muslos.

—¿Ya te vas? —pregunté con voz ronca.

—Claro que no. —Sonrió, satisfecho, me agarró de los tobillos y me abrió un poco más las piernas —. Tenemos que follar siete meses para ponernos al día.

A la mañana siguiente abrí los ojos de golpe al escuchar el sonido de la lluvia contra las ventanas.

Antes de poder pensar que lo de la noche anterior había sido un sueño, me di cuenta de que estaba acurrucada entre los brazos de Dane, con el culo contra su pene. Quería fingir que la noche anterior había transcurrido como un borrón, pero no podía: recordaba vívidamente cómo me había besado y cómo había dominado hasta el último rincón de mi cuerpo.

—Buenos días. —Me besó en la coronilla y me estrechó con más fuerza antes de sentarse. Me di la vuelta para mirarlo, saciada y confusa. Deslizó una mano por mi muslo desnudo, sin apartar los ojos de los míos—. ¿Estás bien?

—No estoy segura.

—¿Por qué?

—Porque creo que tenemos que hablar de un par de cosas.

—Mmm. —Sonrió y salió de la cama. Fue hasta mi lado y me cogió de las manos para ayudarme a que me levantara—. Pues hagámoslo en la ducha.

—Espera —lo frené—. ¿Qué va a pasar ahora?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a nosotros, a esto… —Se me entrecortó la voz—. Es decir, sé que no podemos planear mucho más allá de hoy y que regreso a casa al final de la semana, así que… —Intenté esquivar su mirada, pero no fui capaz—. ¿Vamos a seguir escribiéndonos cartas a través de la aplicación y a actuar como si esto nunca hubiera pasado o…? —El resto de la frase murió en sus labios cuando me cogió la cara entre las manos y me besó hasta dejarme sin aliento. Cuando se apartó, inspiré hondo y me pasó un dedo por los labios hinchados.

—Habíamos hecho planes para el fin de semana —explicó, levantándome la barbilla con la punta de los dedos—. Vamos a quedarnos en el hotel hasta mañana por la mañana, que iremos a tomar un *brunch* en ese sitio del que te hablé. Luego iremos a mi casa.

—Entonces, ¿vamos a hacer turismo?

—No —sonrió—. Ni de broma.

—Pero no podemos pasarnos la semana follando…

—Podemos —refutó, y me dio otro beso—. Y después de que te lo tragues todo en la ducha, es justo lo que vamos a hacer.

12

CHRISTINA

La siguiente vez que me desperté estaba sola en la habitación del hotel, tenía el cuerpo dolorido como nunca en mi vida y aún podía sentir un ansia palpitante entre los muslos.

Tenía mil cosas en la cabeza, pero todos los caminos llevaban a que había follado con Dane más de una vez; y más de dos veces; y más de… Bueno, a esas alturas ya era absurdo llevar la cuenta. Habíamos follado por toda la habitación y me había llevado al orgasmo todas y cada una de las veces.

Por un lado, era todo lo que había deseado cuando pensaba que era Ryan. Por otro, me preguntaba adónde puñetas íbamos a llegar a partir de ahí. El sexo había sido increíble, pero los sentimientos enrevesados y confusos se agravaban cuanto más lo pensaba. También tenía el estómago revuelto y una voz en mi cabeza que sobresalía por encima de las demás: *«Esto no va a funcionar, Christina. No solo es el mejor amigo de tu padre, sino que también eres demasiado joven para él, y solo le interesa el sexo».*

Al darme la vuelta en la cama, me encontré con unos *bagels* rellenos de fresa y una nota.

«Me han llamado urgentemente del trabajo esta mañana, pero regresaré sobre las cuatro para recogerte.

Dane

P. D. 1: ¿El sexo ha sido mejor que en la escena de tu libro?

P. D. 2: Tu padre da una fiesta esta noche. ¿Te gustaría ir?».

Hice como si no hubiera visto la última línea y cogí el teléfono.

Daniella: *¿Has llegado bien a Spokane? ¿El Señor Palabras y Letras era como esperabas?*

Daniella: *¿Estaba bueno? ¿Habéis follado? ¡Pero cotilléame!*

Daniella: *Pero qué coño… ¿Me vas a contar algo, lo que sea? Asumo que sí te has acostado con él, ya que no has llamado para decir que era horrible. ¿He acertado?*

Asentí como si ella pudiera verme. Quería decirle la verdad, pero sabía que iba a llamarme y a pedirme todos los detalles, y aún no estaba preparada para hablar del tema.

Me quedé mirando la pantalla y me desplacé hasta el número de Dane, donde aparecía como *«Dane, amigo de papá».*

Mi dedo se detuvo sobre el icono de llamada, pero el nombre de mi padre apareció de repente en la pantalla solicitando una videollamada a través de Facetime.

Me apresuré a coger el bolso y me puse la camiseta antes de contestar.

—Hola, papá. —Forcé una sonrisa cuando apareció su imagen.

—Hola, Chrissie. —Me devolvió la sonrisa—. ¿Tenías pensado avisarme de que estabas en la ciudad o ibas a marcharte sin decírmelo?

Iba a marcharme sin decírtelo…

—Iba a llamarte hoy, de hecho.

—¡Estupendo! —aplaudió—. La familia de Eliza está en la ciudad y están acaparando a nuestro nuevo bebé como si fuera suyo porque ella ha estado recibiendo mensajes raros y amenazantes en Facebook.

—¿Cómo van a quitarte al bebé si eres el padre?

—Esa no es la cuestión —rio, encogiéndose de hombros—. Se irán en unos días. De todos modos, ahora que sé que mi única hija está en la ciudad, quiero que vengas esta noche a mi fiesta. Voy a celebrar un nuevo hito de la empresa.

—Venga, papá —gemí—. Sabes que odio esas fiestas.

—Lo sé. —Sonrió—. Por eso he dicho que quiero que vengas en lugar de pedírtelo. —Miró el reloj —. Es una fiesta de gala en mi nueva finca. Empieza a las ocho. ¿Tienes un vestido apropiado o le pido al mayordomo que te haga llegar uno?

¿Desde cuándo tienes mayordomo?

—Espera. —Cogí mi bolsa de viaje y rebusqué entre la ropa que había metido dentro—. Tengo un vestido negro. No hace falta que envíes a nadie a comprar uno.

—¿Y cómo vas a venir? He hablado hoy con Dane y me ha dicho que podía ir a buscarte, así que, si me dices en qué hotel te alojas, veré si…

—Cogeré un Uber —lo corté—. No hace falta que le pidas nada a Dane, ya me encargo yo.

—¡Perfecto! Una última cosa —dijo—. ¿Te acuerdas de hace un año o así, cuando estabas ayudando a ese chico con el acoso cibernético y descubriste que todos los mensajes venían de algún *bot*?

—Sí. —Me encogí de hombros—. ¿Por qué?

—Bueno, tenía pensado enviarte algunas capturas de pantalla de los últimos mensajes que ha recibido Eliza. Quiero que les eches un vistazo cuando tengas un momento y me digas si crees que esto es lo mismo.

—Claro.

—Estupendo. Te enviaré mi nueva dirección. Nos vemos esta noche.

—Hasta esta noche. —Colgué y me dejé caer sobre la cama.

No quería que Dane me recogiera porque necesitaba pasar tiempo a solas, sin sexo, para poder procesar toda la situación. Me levanté, hice una nueva reserva en el hotel de enfrente con otro nombre, recogí mis cosas y cogí el ascensor.

Mientras bajaba, el teléfono vibró con las capturas de pantalla que mi padre me había enviado.

Usuario desconocido: *Me gustaría que dejaras de publicar tantas fotos de tu familia todos los días. ¡LO ENTENDEMOS! Tu marido y tú folláis como conejos y tenéis niños como si quisierais montar un ejército propio.*

Usuario desconocido: *Esa cara de pato que pones en tus fotos te hace parecer menos atractiva de lo que ya eres.*

Usuario desconocido: *Los labios de tu marido parecen marrones en esta foto. Me pregunto si sabes todos los lugares en los que han estado.*

Mamá.

13

CHRISTINA

Puse los ojos en blanco nada más entrar en la nueva finca de mi padre: estaba claro que vivía muy por encima de sus posibilidades, porque no había manera de que pudiera permitirse un lugar como ese a menos que le hubiera tocado la lotería y no me lo hubiera dicho.

La inmensa mansión de color crema estaba situada en lo alto de una colina, flanqueada por un lago privado de veinte acres y una casa de invitados tan grande como su residencia de tres pisos.

Concéntrate en el regreso al hotel, Christina. Entrar, salir, regresar al hotel.

Repetí en silencio aquellas instrucciones mientras mis tacones de aguja repiqueteaban contra los escalones de piedra. Mi padre, tan exagerado como de costumbre, había preparado unas cintas plateadas que llevaban una tarjeta con el nombre de los invitados.

Cogí la mía y me la colgué al cuello.

—Ah, la original señorita Grover —sonrió uno de los colegas de mi padre cuando entré—. Tu padre te conoce bien: ha dicho que llegarías tarde.

—No era mi intención.

—No te preocupes, no pasa nada. Todo el mundo está en la terraza, pero puedes curiosear por la casa si quieres.

—Gracias.

Pasé junto a él y entré en el colosal vestíbulo revestido de mármol. La enorme escalera de caracol se alzaba en el medio de la estancia y estaba adornada con pequeñas luces blancas enroscadas en torno al pasamanos de forja.

La excesiva ostentación de la casa me repelía más y más a cada paso, así que no me molesté en cotillear. Mi madre se lo habría pasado pipa.

Fui hacia el fondo del recibidor y unas puertas de cristal se abrieron al acercarme. Por suerte, vi a mi padre nada más entrar, junto a una fuente de piedra en cascada, muy iluminada, contando uno de sus habituales chistes malos.

—Hola, papá —saludé cuando sus empleados dejaron de reírse.

—Hola, Chrissie. —Me abrazó—. Aún no puedo creerme que no me avisaras de que estabas en la ciudad. Al menos podrías haberme enviado un mensaje.

—Lo siento.

—Sí, ya —rio, y me soltó—. Supongo que tendré que empezar a creer en el destino: Dane te ve por casualidad en el aeropuerto el mismo fin de semana en que nace tu nuevo hermano. Qué locura, ¿no?

—Sí, ha debido de ser el destino. —Me aclaré la garganta—. ¿Dónde está Eliza?

—Está arriba, durmiendo con el bebé. Le duele la cabeza —explicó, y luego bajó la voz—. Es mentira, claro. Odia mis fiestas de empresa tanto como tú, pero estoy convencido de que mañana publicará en Facebook lo increíble que ha sido. —Compartimos una risa cómplice; él cogió dos copas de champán de la bandeja de un camarero que pasaba por ahí. Me tendió una, sonriente—. Antes de salir corriendo, por favor, saluda a algunos conocidos y hazte un par de fotos para que pueda mirarlas y convencerme de que de verdad has estado aquí. Ah, y voy a invitarte a cenar antes de que te vayas y no aceptaré un no por respuesta, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Me dio una palmadita en la espalda y se acercó a un grupo de tipos con trajes grises. A pesar de lo que había dicho, estaba lista para marcharme de la fiesta en cuanto se perdió entre la multitud.

Apuré hasta la última gota de champán y, cuando acabé, vi a Dane entrando en la zona de la cascada. Me di media vuelta, fui hasta la mesa de los postres y me escondí detrás de una torre de magdalenas.

Contemplé cómo Dane se movía sin esfuerzo entre la multitud. Varias mujeres se ruborizaron a su paso. Hice todo lo posible por apartar la mirada de él, pero fue en vano; estaba muy sexy con ese traje gris oscuro y la corbata plateada, y era muy consciente de que acaparaba la atención.

Saludó a alguien junto a la piscina y se acercó al elemento característico de las fiestas de empresa de mi padre: un enorme seto podado con la forma de las letras de su empresa, Grover Holdings. Sacó el teléfono del bolsillo y pulsó varias veces en la pantalla. A los pocos segundos, mi móvil vibró.

Mierda.

Me aseguré de que las magdalenas me ocultaban por completo antes de sacar el teléfono del bolso para leer el mensaje.

Dane, amigo de papá: *¿Tienes alguna buena razón para haberme dejado plantado otra vez?*

> ***Yo:*** *Sí.*

Dane, amigo de papá: *¿No vas a venir esta noche a la fiesta de tu padre?*

> ***Yo:*** *Dijiste que, si no me sentía atraída por ti, no tenía que quedarme toda la semana, sin remordimientos. Y no, no voy a ir.*

Dane, amigo de papá: *No me ha dado esa impresión esta mañana, cuando me la has chupado. ¿Vas a decirme que no sientes nada por mí?*

No podía responder a eso. El corazón me latía a un ritmo traicionero en el pecho, y no podía pensar con claridad. Guardé el teléfono y busqué la forma más fácil de largarme de ahí sin que me viera.

Templete. Fuente. Entrada lateral.

—¡Señoras y señores! —La profunda voz de mi padre sonó de repente por los altavoces exteriores —. Si son tan amables de prestarme atención un momento… —Los invitados se volvieron hacia él, que estaba junto a la enorme piscina—. Me gustaría darles las gracias por acompañarme en otra celebración de Grover Holdings. El vuelo de mi director financiero llega con retraso, así que, por si se van antes de que llegue, quiere que les transmita lo mucho que agradecemos su apoyo. Gracias, gracias, gracias. —Hubo un breve aplauso—. Para mi sorpresa, mi única hija nos acompaña esta noche. Creo que está alucinando porque su padre ha sido lo bastante listo como para haber ganado unos millones, y hasta me ha planteado la creación de un fondo fiduciario. —Las carcajadas resonaron en la noche y yo negué con la cabeza. *¿Qué gracia tiene? Si ni siquiera es cierto*…—. ¿Sigues aquí, Christina? —preguntó, mirando a su alrededor. Me agaché tras la torre de magdalenas—. ¿Christina?

—¡Está aquí, haciéndose la tímida! —rio una de sus compañeras, la señorita Mindy; me agarró la mano y me la levantó.

—Ven aquí, Chrissie —pidió mi padre—. Estoy seguro de que se te da mejor que a mí lo de cortar la tarta.

Joder.

Me colgué una sonrisa falsa de la cara y, entre aplausos, salí de detrás de la torre y fui junto a él. Los ojos de Dane se encontraron inmediatamente con los míos, pero aparté la mirada.

—Aquí tienes. —Mi padre me dio el cuchillo para cortar la tarta y alzó la copa de champán—. ¡Por otros diez años!

—¡Por otros diez años! —repitió la multitud.

Corté unos trozos de tarta mientras él decía algunas palabras más, evitando a toda costa dirigir la

vista hacia Dane.

—Voy a hacer la presentación formal en el otro extremo del jardín —dijo, y me dio un beso en la mejilla—. Ya puedes escaparte —rio.

Cuento con ello.

—Gracias, papá.

Bajó de la plataforma y yo esperé unos minutos antes de seguirlo. Me dejé llevar por la multitud hacia la zona de asientos, pero Dane me agarró de repente de la muñeca y tiró de mí en la otra dirección.

Me llevó hacia la casita de la piscina, me soltó la mano y me fulminó con la mirada.

—Juraría que habíamos llegado a un acuerdo, Christina —masculló—. Hemos hablado de esto hace menos de ocho horas.

—Sí, pero después de siete meses intercambiando cartas, estoy convencida de que sabes que tiendo a cambiar de opinión.

—Solo cuando tienes miedo de ir a por lo que quieres.

—No. —Sacudí la cabeza—. Ya tengo lo que quería de ti.

—¿Y qué es? —No respondí. No podía. Su expresión me tenía inmovilizada y muda, y me excitaba más y más con cada paso que daba para acortar distancias entre nosotros; era incapaz de negar que quería más de él—. ¿Ya no quieres esto? —preguntó, rozándome los labios con los suyos—. ¿Has tenido suficiente con una noche?

—Dane…

—Responde —susurró—. ¿Un polvo ha sido bastante?

—No se trata de eso.

—¿Y de qué si no? —Pasó la mano por el lateral de mi vestido—. No veo otra explicación.

—Creo que mi padre discreparía…

—Tu padre no está aquí ahora mismo —replicó—. Y ambos somos adultos y capaces de decidir por nosotros mismos.

—No tiene sentido seguir con esto si está condenado desde un principio. —Inspiré hondo cuando deslizó una mano entre mis muslos. Perdí el hilo de mis pensamientos y moví las caderas para darle mejor acceso a mi húmedo sexo.

—Sigo esperando que respondas a mi pregunta.

—La he olvidado. —Reprimí un gemido cuando deslizó dos dedos en mi interior—. Aaah.

—Te sentirías mejor si fuera mi pene el que estuviera dentro de ti. —Metió y sacó los dedos con un ritmo lento y tortuoso, sin apartar la mirada de mi rostro—. ¿Has tenido suficiente con una noche?

—No. Nunca será suficiente.

—Pues déjate de juegos y dime que me deseas tanto como yo a ti. —Asentí y mi respiración se volvió jadeante mientras él seguía dándome placer—. Necesito oírtelo decir. —Aceleró el ritmo y me contoneé contra su mano—. Dilo.

—Te deseo tanto como… aaah… —gemí.

—Me vale —sonrió, y sacó los dedos de mi interior muy despacio—. ¿Quieres que follemos aquí mismo?

—Sí. —Asentí—. Aquí. Ahora.

Sin mediar palabra, me agarró por las caderas y reclamó mi boca, besándome como si fuera mi dueño. Su lengua exigía el control total, sus labios dominaban los míos con facilidad.

Mi espalda chocó con los ladrillos de la casa de la piscina, y le rodeé el cuello con los brazos para mantener el equilibrio.

Todavía podía oír el sonido de risas ligeras al otro lado y algunas copas de champán tintineando en la distancia. Entonces escuché la risa inconfundible de mi padre a lo lejos, a través de un micrófono.

«Qué casa tan bonita», «Una fiesta absolutamente impresionante», «No alcanzo a imaginar cuánto ha costado todo

esto»… Las voces, que debían de estar a pocos metros, llegaban a nosotros desde el otro lado de la casita de la piscina.

Dane abrió los ojos para leer mi expresión, pero no dejó de besarme. Deslizó la mano derecha por debajo de mi vestido y me pasó un dedo por las bragas antes de apartarlas.

Deshizo el beso para mirarme de arriba abajo y me sentí perdida unos segundos; pensé que iba a sugerir que paráramos, que nos fuéramos a follar a algún sitio donde no nos pillaran, pero se bajó la cremallera y se puso rápidamente un condón. Luego volvió a empotrarme contra la pared. Me agarró con suavidad la pierna izquierda y me la levantó; la cabeza de su pene rozó mi húmedo sexo y se deslizó lentamente dentro de mí centímetro a centímetro, llenándome profundamente.

Le mordí el hombro para no gritar y él me dio una palmada en el muslo cuando mis dientes le arañaron la piel. Me mantenía en equilibrio y empujaba con las caderas para penetrarme una y otra vez; me sentí estúpida por haberme planteado renunciar a eso, por haber querido marcharme.

Mi sexo palpitó a su alrededor; él me bajó el vestido para chuparme los pechos y morderme los pezones.

—Dane… —jadeé—. Ay, Dios…

—Shhh… —Me dio un mordisco en el cuello.

—Ah… Aaah… —Me chupó más fuerte uno de los pezones y cerré los ojos, intentando contenerme para no correrme tan rápido, pero fue inútil.

Amortiguó mis gemidos con besos y me mantuvo quieta mientras llegábamos al orgasmo a un tiempo. Me estrechó entre sus brazos hasta que dejé de temblar y recuperé el aliento.

Se sacó lentamente el condón y lo tiró a una papelera cercana. Luego me puso las bragas en su sitio y me miró.

—¿Tienes algún interés en ver el resto de la presentación? —preguntó, estirándome el vestido.

—Ninguno en absoluto.

—Bien. —Sus labios dibujaron una sonrisa—. Pues salgamos por la puerta trasera.

Me condujo a través de un jardín y luego alrededor del lago, donde había aparcado su McLaren negro mate. Me besó en los labios, me abrió la puerta y se aseguró de que estuviera cómoda antes de ir al asiento del conductor.

No puedo creer que hayamos follado en la fiesta de mi padre y que haya disfrutado como una loca…

Recorrimos la autopista en silencio, con las manos enlazadas sobre la palanca de cambios; me comía la boca cada vez que el tráfico se ralentizaba o encontrábamos un semáforo en rojo.

Me sentía mejor que bien, y no era capaz de verlo como el mejor amigo de mi padre: era Ryan/Dane, el hombre del que me había enamorado poco a poco en los siete últimos meses, y no tenía ningunas ganas de dejarlo ir.

Se detuvo en una *boutique* de diseño y compró unas batas, zapatillas y diez conjuntos de pijama y lencería de seda para mí.

—Porque no tengo intención de llevarte a cualquiera que sea el hotel en el que te hayas registrado.

Media hora más tarde, tomamos una salida y pasamos junto a unos grandes lagos.

Me quedé boquiabierta mientras conducía el coche por un camino que llevaba a una colosal mansión frente al lago, al pie de una colina. Su casa hacía que la finca de mi padre pareciera un apartamento.

Entró en el camino privado y aparcó detrás de una fila de coches de lujo.

—Tengo que decirte que lo más seguro es que no pueda tener relaciones sexuales hasta mañana —confesé cuando me abrió la puerta del coche—. Todavía me duelen las piernas de lo de hoy y de lo de anoche.

—Me lo imaginaba. —Esbozó una sonrisa satisfecha y me dio un beso en la frente—. Tranquila, no tenía pensado follar otra vez esta noche.

—¿Me has comprado lencería y me has traído a tu casa para… hablar?

—Pues sí —dijo con sinceridad—. Podemos follar mañana, y todos los días siguientes.

Me reí y él me rodeó los hombros con un brazo para guiarme al interior de la casa; pulsó un interruptor y tres preciosas lámparas de araña se encendieron en el salón principal.

—Mañana te lo enseñaré todo. Y te mostraré el balcón donde suelo leer tus cartas.

—Me parece genial.

Me abrazó más fuerte y me condujo a un cuarto de baño completamente blanco que era tres veces más grande que mi apartamento.

—Por favor, dime que de verdad puedes permitirte todo esto —susurré.

Dejó escapar una carcajada y me soltó.

—Claro que puedo. —Se acercó a la bañera y abrió el grifo. Me cogió el bajo del vestido y me lo quitó. Después siguieron las bragas y el sujetador, que desabrochó con facilidad; me levantó y me metió suavemente en la bañera.

Cuando las burbujas llegaron a mis pechos, encendió unas velas alrededor del borde y me sirvió una copa de vino.

—Voy a dejar que te relajes un rato. Yo me daré una ducha arriba. —Se agachó para darme un beso largo y profundo en los labios—. Tómate tu tiempo. Estaré en la terraza cuando termines.

Asentí y me deslicé bajo las burbujas cuando salió del baño.

13,5

CHRISTINA

Me desperté aún sumergida en la bañera; el reloj de pared decía que habían pasado dos horas, y el agua estaba tibia.

Salí, me puse una de las batas que me había comprado Dane y recorrí algunas de las enormes estancias de la casa. Me tomé mi tiempo para admirar las impresionantes vistas del bosque y salí a la terraza cubierta.

Dane estaba sentado en una tumbona, vestido solo con un pantalón de chándal gris, con los abdominales a la vista.

Sonreí, me ajusté la bata y me senté en su regazo.

—Hola —sonrió—. ¿Te encuentras mejor?

—Mucho mejor —confirmé—. Y ya que has dicho que quieres que hablemos, dime, ¿cuál es el primer asunto del día?

—Solo hay un asunto. —Sus labios dibujaron una sonrisa perezosa—. Me gustaría que borraras tu cuenta de Tinder. Ahora mismo.

—Bien —acepté—. Y a mí me gustaría que dejaras de tener citas a ciegas.

—Mejor que bien. —Me miró a los ojos—. Quiero que te quedes toda la semana. Ya recogeremos tus maletas antes de que salga tu vuelo. Y también quiero que vueles desde Charlotte a menudo para repetir esto.

—Y yo… —Me detuve un instante—. No me gusta el rollo de los amigos con derecho a roce, Dane. Sé que es lo que te va, pero a mí no. Ya te lo he contado alguna vez en mis cartas, y si lo que teníamos va a convertirse en sexo ocasional…

—No creo haber dicho eso —me interrumpió, encerrándome el rostro entre sus manos—. Voy a seguir escribiéndote cartas a través de la aplicación porque se ha convertido en un hábito y porque vives en otro estado, pero además de eso creo que deberíamos pasar a las llamadas y los mensajes, ¿te parece bien? —No respondí. Dane no estaba entendiendo lo que yo quería de él. Lo que necesitaba—. Nunca me ha gustado la palabra «novio», Christina —dijo, levantándome la barbilla con la punta de los dedos—. Prefiero decir que ahora eres mía y yo soy tuyo, y a partir de ahí, ya iremos viéndolo. Eso era lo que querías escuchar, ¿no?

—No. —Me sonrojé.

—Claro que sí. —Me dio un beso tan largo y profundo que se me curvaron los dedos de los pies —. Si es lo que quieres, estoy dispuesto a hacer que esto funcione.

Asentí, recuperando el aliento a duras penas mientras él se apartaba un poco.

—Sí, pero en algún momento tendremos que decírselo a mi padre. No sé si…

—Para. —Me puso un dedo sobre los labios—. De eso me encargo yo.

—¿Cuándo?

—Después de que pasemos el resto de la semana juntos —respondió, acariciándome los rizos—. Pero hasta entonces… —Me pegó contra su pecho—. He visto que has escrito una nueva entrada en el blog sobre tu próximo libro. ¿De qué va a tratar exactamente *La fotopolla sorpresa*?

14

CHRISTINA

Daniella: *¡No he sabido nada de ti desde que aterrizaste en Spokane! ¿Alguna novedad?*

Daniella: *¿Qué ha pasado entre el chico de Palabras y letras y tú? ¿Está bueno?*

Daniella: *¿Es un secuestrador? ¿Te tiene atrapada en el sótano? Estoy empezando a preocuparme. :(*

Daniella: *¡¿ESTÁS VIVA?! ¿Te ha secuestrado? ¿TENGO QUE LLAMAR A LA POLICÍA?*

> ***Yo:*** *Hola, ¡lo siento! He estado muy ocupada con él, de la mejor manera posible. ¡Han sido los mejores polvos de mi vida! ¡Estoy deseando llegar a casa para contártelo todo! (¡Anoche me corrí cuatro veces!).*
>
> ***Yo:*** *Ah, y acabamos de hacer piragüismo en su lago. (¡Tiene más de uno!). Y esta mañana hemos follado en su viñedo y luego nos hemos ido de compras porque estamos muy lejos de mi hotel. Tengo tanto que contarte… Pero, en resumen: es la leche de sexy, todo lo que pensé que sería y más. Me gusta de verdad, Daniella. No me veo saliendo con nadie más. Nunca.*

Daniella: *¿En serio? ¿Dos mensajes, algunos detallitos picantes y unas cuantas frases del tipo «Me gusta mucho»? ¿Eso es todo lo que vas a contarme después de no saber nada de ti durante CINCO DÍAS? ¡¿Qué clase de mejor amiga eres?!*

Daniella: *Estoy bromeando. Me alegra saber que estás viva y que por fin has follado. ¿Puedes darme su nombre completo para buscarlo en LinkedIn o Facebook?*

> ***Yo:*** *Se llama Dane Holland.*

Daniella: *Mmm. Según LinkedIn, solo hay un Dane Holland en Spokane, Washington, y es el mismo tío que aparece en Facebook.*

Daniella: *Todas las fotos de Facebook son de hace unos años, y en todas aparecen tu padre y su mujer. También tienen leyendas como «La dama, el caballero y el mejor amigo del caballero». ¿Será el Dane Holland correcto? ¿Has escrito mal su nombre?*

> ***Yo:*** *No, es él. Dane es Ryan.*

Daniella: *Llámame ahora mismo.*

15

DANE

Mantuve la puerta abierta para que Christina entrara en uno de los balnearios de mi propiedad. Por segundo día consecutivo —después de follar hasta perder el sentido y de asegurarme de que se corriera en mi boca una y otra vez— la había llevado a dar un paseo en coche por el estado.

Esos pocos días no habían sido suficiente, y no quería que se fuera.

—¿En qué estás pensando? —Me miró mientras atravesábamos el vestíbulo.

—Me preguntaba si podría convencerte para que te quedaras un poco más.

—Volveré dentro de tres semanas —respondió—. Ya he reservado el vuelo, ¿recuerdas?

—Es bueno saberlo. —La cogí de la mano y la guie hasta una de las piscinas privadas.

—Esto es aún más bonito que lo último que me has enseñado. —Se desabrochó la chaqueta, se quitó los vaqueros y se deslizó en la piscina completamente desnuda. Sonreí al verla nadar; cuando llegó al otro lado, salió a tomar aire y se echó a reír—. ¿Vas a meterte aquí conmigo?

—Dame un minuto. —Me quité la camisa y, al sacar el móvil del bolsillo del pantalón, vi que tenía nuevas notificaciones.

Había un nuevo mensaje de Michael y una carta de alguien a quien nunca le había enviado un mensaje en *Palabras y letras.*

Michael: *¡Lo siento! No he visto tu mensaje de esta mañana hasta ahora. ¿Dices que tenemos que hablar de algo importante en persona? Dime cuándo y dónde.*

Yo: *Viernes. En tu casa. Desayuno.*

Michael: *¿Me puedes dar una pista de qué va para que no me dé un infarto?*

Yo: *Sobre una mujer con la que planeo salir a largo plazo.*

Michael: *Ah, bueno, joder,* POR FIN. *¿Por qué no me llamas ya y me hablas de ella?*

Yo: *Es mejor en persona. Resulta que la mujer de* Palabras y letras *sí que ha venido, y quiero estar con ella hasta el último día.*

Michael: *Claro. ¿Es atractiva? ¿Crees que me gustará?*

Ignoré ese mensaje de momento y abrí el correo de la aplicación.

Asunto: *Bella/Christina*
Querido Ryan/Dane:
Para que lo sepas, si le rompes el corazón a mi amiga, voy a matarte y a asegurarme de que jamás encuentren tu cadáver.

Le gustas de verdad, pero si para ti es solo una aventura, por favor, no la engañes.

Si no te importa tanto como tú a ella, por favor, haz lo correcto y A) házselo saber o B) déjala en paz y que vuelva a Charlotte.

Atentamente.

Tu futura asesina / Tu nueva amiga (tú eliges)

Daniella

16

El último día en Spokane…

Christina

Me recosté en el incómodo sillón Hilton y tecleé las primeras líneas de *Su enorme y grueso pene* y lo revisé para asegurarme de que la descripción del miembro del protagonista fuera tan sexy como quería.

Dane tenía una reunión importante esa mañana y me había dejado en el hotel tras prometerme que iba a regresar a tiempo para llevarme al aeropuerto.

Estaba corrigiendo un par de adjetivos cuando mi móvil vibró con un nuevo mensaje.

Papá: *Estoy en el vestíbulo de tu hotel. Baja ahora mismo.*

Mierda. Me había olvidado de que habíamos quedado para cenar.

Cogí el bolso, bajé en ascensor y lo vi solo en un rincón. Tenía la mirada clavada en los cinco vasos de chupito llenos que estaban sobre la mesa.

—Hola, papá —saludé, sentándome frente a él.

—Christina…

—¿Cómo está el pequeño Noah?

—Está bien —respondió, inexpresivo—. ¿Y tú cómo estás?

—Estupenda. Quería despedirme antes de marcharme, pero…

—Estabas demasiado ocupada pasando todo tu puto tiempo con Dane. —No dije nada, incapaz de intuir a dónde quería llegar—. He hablado con él hace un rato. Me ha contado lo que estaba pasando entre vosotros dos a mis putas espaldas.

Tenía los ojos entrecerrados, y las venas del cuello se le hinchaban por momentos.

—No es lo que parece…

—Ah, ¿no? —Se cruzó de brazos—. ¿Cuántos años tenías cuando se te insinuó por primera vez? ¿Te sedujo cuando os dejaba solos? ¿Fue durante uno de esos fines de semana en los que le pedí que os llevara al lago a tus amigos y a ti?

—Por aquel entonces apenas le prestaba atención a Dane.

—¿Era Dane o el señor Holland?

—Yo… —No sabía si contestar. Siempre lo había llamado Dane, y no había sabido su apellido hasta que alguien lo había mencionado de pasada, pero tenía claro que esa respuesta no iba a gustarle. En esa situación no—. Era el señor Holland.

—¿Y cuándo se te insinuó por primera vez? ¿Antes o después de tu último año de instituto?

—¿Qué?

—Es demasiado viejo para ti, Christina. —Parecía a punto de perder la cabeza—. Sabía que le gustaban las mujeres jóvenes, pero…

—Pero no tienes ni puta idea de lo que estás hablando —lo corté, incapaz de aguantar más—. Nunca intentó seducirme en aquellos tiempos. Casi ni me hablaba. —Cogió un chupito y lo apuró de un trago—. Lo conocí en la puñetera *app, Palabras y letras.*

—Esa boca…

Dejé escapar un suspiro.

—Lo conocí a través de la aplicación, igual que conocí a todos mis amigos excepto a Daniella —expliqué—. Sé que te cuesta creerlo, pero es la verdad. Cuando te fuiste hace años, cuando decidiste

que ya no podías soportar estar en el mismo estado que nosotras, mamá y yo tuvimos que mudarnos.

—Soy muy consciente de lo que pasó cuando me divorcié de tu madre, Christina.

—Ah, ¿sí? —Lo fulminé con la mirada—. Porque no recuerdo haber recibido ni una sola nota para decirme algo como «Siento haberte sacado de la escuela durante tu penúltimo año y haberte hecho empezar de nuevo con clases *online* porque mi exmujer y yo somos demasiado mezquinos como para ponernos de acuerdo sobre quién debe pagar la matricula». A lo mejor se perdió en el correo…

—Eso no tiene nada que ver contigo y con Dane.

—Tiene todo que ver. —Me negaba a dejarle ganar esa discusión—. Mamá y tú estabais tan empeñados en destrozaros la vida que destrozasteis la mía en el proceso.

—Christina…

—He conocido *online* a todos mis putos amigos y tengo como veinte a los que nunca he visto en persona. También te aseguro que, si hubiera sabido quién era Dane cuando empezamos a hablar, no habría seguido haciéndolo. Pero solo charlábamos, no hubo nada más, eso fue todo. —El corazón me latía a mil por hora y la sangre me ardía en las venas—. Pero ahora es algo más, y, la verdad, me importa una mierda si estás de acuerdo o no.

Me alejé sin añadir palabra y sin volver la vista atrás.

17

EL ÚLTIMO DÍA EN SPOKANE…

CHRISTINA

Varias horas después metí el último par de vaqueros en la maleta y cerré la cremallera. Todavía sentía una opresión en el pecho, y, por mucho que quisiera fingir que no me importaba tener la aprobación de mi padre, sí que me importaba.

Él siempre había sido mucho más comprensivo que mi madre, el que no sacaba conclusiones precipitadas ni imponía castigos hasta tener todos los datos. Era a él a quien podía llamar a las dos de la mañana por cualquier tontería y nunca me juzgaba por ello. Nunca me sermoneaba sin más: siempre hablábamos las cosas. Aunque, a decir verdad, no creía que hubiera precedentes de algo así.

Volví a comprobar los cajones del baño y miré debajo de la cama para asegurarme de que no me dejaba nada, y, todavía con un nudo de ansiedad en el estómago, miré el teléfono por fin: tenía diez llamadas perdidas de mi padre, una de Daniella y un nuevo mensaje de voz de mi madre.

Escuché primero el mensaje de voz.

—¡Tu padre me acaba de llamar flipando! —Su voz sonaba más alta que de costumbre—. Creí que iba a ser por los comentarios que publiqué en la página de la tonta de su mujer, pero era para hablarme de Dane y de ti. —Hizo una larga pausa—. Todavía estaba intentando hacerme a la idea cuando Dane me llamó y me lo contó todo. —*Ah, ¿sí?* Tamborileé con los dedos en el escritorio—. No pienso juzgarte por salir con Dane, corazón. Sobre todo por cómo os conocisteis, pero, aunque no hubiera sido así, tampoco lo haría. Siempre me ha parecido muy atractivo, y está claro que se preocupa por ti, ya que ha sido tan considerado como para llamarnos a tu padre y a mí. El cabrón de tu padre lo aceptará con el tiempo, así que no te preocupes, ¿vale? Haz lo que quieras.

»Pero dejemos el tema. —Se aclaró la garganta—. ¿Te puedes creer que Eliza ha publicado una foto de su último bebé cuando estaba recién salido de su vientre sobreutilizado? Ni siquiera esperó a que las enfermeras lo limpiaran. Qué necesitada de atención y…

Corté el mensaje y llamé a Daniella.

—¡Ya era hora de que me llamaras! —contestó al primer timbrazo—. Empezaba a temerme que iba a tener que coger un vuelo hasta ahí para que me dieras todos los detalles. Bueno, después de asaltar tu cocina en busca de comida, quiero decir. Te aviso: se te han acabado la pizza congelada y el vino.

Me reí por primera vez en todo el día.

—Tomo nota.

—¿Cómo estás? ¿Estás con Dane?

—Sí, estoy bien, y no, no estoy con él. Tenemos que ponernos al día sobre un montón de cosas, pero prefiero hablarlo en persona. Voy a coger el vuelo nocturno, y llegaré a casa a medianoche. Antes de irte del apartamento, por favor, comprueba que las dos cafeteras estén preparadas para encenderse por la mañana.

—Claro. —Se detuvo un instante—. ¿Estás segura de que estás bien? Tu tono es algo seco y como desesperanzado…

—Estoy hecha polvo —confesé con la voz rota—. Te lo contaré todo en cuanto nos veamos, te lo prometo.

—Más te vale. Mándame un mensaje cuando llegues al aeropuerto.

—Así lo haré.

Colgué y me planteé si quería devolverle ya las llamadas a mi padre o si era mejor esperar hasta estar en el sofá de Daniella y así tomarme mi tiempo para meditar sobre lo que había pasado esa semana.

Pulsé el botón de llamada antes de seguir dándole vueltas.

—Christina —respondió de inmediato, y su cara apareció en mi pantalla—. Dame cinco minutos para decir lo que tengo que decir. —No respondí; me limité a esperar en silencio—. Siento haber asumido lo peor sobre lo tuyo con Dane, pero te guste o no, siempre te pondré por delante de cualquiera de mis putos amigos. ¿Lo entiendes?

—Sí. —Asentí.

—Bien. —Inspiró hondo—. No puedo prohibirte que salgas con él, y no me interpondré en tu camino, pero entiende que va a llevarme un tiempo aceptar que estáis juntos. —Siguió hablando antes de que pudiera interrumpirlo—. Siempre se ha portado bien con las mujeres con las que ha salido en serio, pero quiero que medites sobre cómo ves tu vida dentro de cinco o diez años. Si él entra en tus planes, bien. Si no, es mejor que se acabe ahora mismo. —Tragué saliva. Sí que veía a Dane en mi futuro; lo había visto allí mucho antes de conocernos en persona; solo en plan «voy a seguir enviándole cartas», claro, pero siempre estaba ahí como mi amigo—. Nunca saliste en serio con nadie cuando vivías conmigo, pero el consejo que te habría dado entonces sigue siendo válido. —Su voz se apagó durante unos segundos—. No lo persigas, nunca, y asegúrate de que siempre se esfuerza por conservarte. Y si alguna vez te hace el más mínimo daño, avísame para que contrate a un sicario que se lo cargue. —Esperé a que se riera, pero no lo hizo—. Te quiero, Christina. Y eso no va a cambiar con la distancia o porque no hablemos tanto como deberíamos.

—Yo también te quiero.

—Mándame un mensaje cuando llegues a casa, ¿vale?

—Te lo prometo.

—Bien. —El silencio llenó la línea durante varios segundos, hasta que lo rompió con un último *«Te quiero mucho, Christina»* antes de colgar.

Fui al baño para lavarme la cara, conteniendo las lágrimas, y cogí el equipaje. Prefería pasar la siguiente hora esperando a Dane en el vestíbulo antes de quedarme mirando las paredes de mi habitación.

Cuando llegué a la cola de la caja, el teléfono vibró en mi bolsillo.

Dane: *Me ha surgido algo en el trabajo y no podré recogerte para llevarte al aeropuerto. He dispuesto que te recoja un coche. Está esperándote fuera.*

> ***Yo:*** *Pero ¿vas a poder venir a tomar un café conmigo antes de despegar? Si es así, no pasaré por el control de seguridad.*

Dane: *No. Que tengas un buen vuelo.*

Pero qué cojones…

Esperé a ver si me enviaba una respuesta más larga con una explicación, pero pasaron diez minutos y nada.

Al salir con la maleta vi a un hombre trajeado esperando junto a un elegante todoterreno negro. Mi nombre aparecía garabateado en su minipizarra bajo las palabras: *«Siento no poder llevarte en persona. Dane».*

El conductor abrió la puerta y esperó a que me acomodara en el asiento antes de guardar mi equipaje. Mientras el coche circulaba por las calles, no dejaba de pensar en qué había pasado para que Dane cancelara la cita de repente. Como no quería perder mucho tiempo en ello, busqué su nombre y pulsé el botón de llamada.

Sonó una vez. Sonó dos veces.

—Hola, Christina —dijo con su voz profunda.

—Hola.

—¿Ya estás en el aeropuerto?

—Voy de camino. ¿Qué te ha surgido en el trabajo? Creía que eras el dueño de todo. Vamos, el jefe.

—Y así es. —No me ofreció más detalles.

—Bueno, bien… —Me encogí de hombros—. ¿Sigue en pie lo de vernos en Spokane el próximo fin de semana? Decías que no querías esperar tres semanas?

—No —respondió con voz inexpresiva—. También ha surgido algo con respecto a eso…

—¿Debo suponer que has vuelto a hablar con mi padre?

—Sí.

—¿Es por eso por lo que estás siendo tan cortante?

Dejó escapar un suspiro.

—Hablaremos de eso más tarde, pero confía en mí: estoy haciendo lo que es mejor para los dos. Te mandaré un correo a través de la aplicación.

—Pero dijiste que ya no íbamos a usar tanto lo de los correos. ¿Y qué quieres decir con que es lo mejor? ¿Hemos terminado? ¿Así sin más?

—Tengo que colgar, Christina —dijo, sin responder a ninguna pregunta—. Que tengas un buen vuelo. —Terminó la llamada sin esperar respuesta, y el corazón se me hundió en el pecho.

Sabía que iba a pasar, que a pesar del sexo épico y de los sentimientos conocerlo en persona iba a suponer el fin de nuestra amistad.

Cuando llegué al aeropuerto me apresuré a pasar el control de seguridad y me dirigí directamente a la librería más cercana. Necesitaba sumergirme en los problemas de otra persona para dejar de pensar en los míos.

Me decidí por una novela clásica de Nora Roberts y terminé cinco capítulos antes del embarque. Por alguna razón, aún albergaba la esperanza de que todo fuera una elaborada estratagema de Dane, que apareciera y se sentara a mi lado. Esos sueños se desvanecieron en el momento en que un hombre vestido de gris ocupó esa silla.

Aguanté otros cinco capítulos y un despegue turbulento antes de rendirme y abrir el portátil. Quería una explicación. No, me merecía una.

En cuanto entré en la aplicación, vi que me había enviado una carta.

Asunto: *Nosotros*

Querida Christina:

Me ha encantado conocerte en persona. Creo que estarás de acuerdo conmigo en que el sexo ha sido la hostia y que el poco tiempo que hemos pasado juntos ha sido memorable, pero, dadas las circunstancias, no creo que nuestra relación vaya a funcionar como planeamos.

Buen viaje.

Dane

Inspiré hondo y empecé a responder, pero no pude terminar. Contuve las lágrimas y le pedí a la azafata que me sirviera un vodka tras otro.

Cuando el avión aterrizó horas después, no hice ademán de levantarme. Esperé a que saliera todo el mundo, me tomé mi tiempo para coger la maleta y me dirigí a la recogida de equipajes. Cogí el teléfono para pedir un Uber, pero lo dejé caer al suelo cuando vi a Dane de pie frente a las puertas de salida. Llevaba un ramo de rosas rojas y una pequeña pizarra.

«Christina: Empecemos de nuevo… otra vez».

Como si se diera cuenta de que no creía lo que veía, de que no iba a acercarme a él, se aproximó

lentamente, me rodeó la cintura con el brazo libre y apoyó la frente sobre la mía.

—Has tenido tiempo más que suficiente para responder a la carta que te he enviado —dijo—. Me ha costado muchísimo redactarla.

—Es una de las cartas más cortas que has escrito.

—He perdido la mayor parte del tiempo pensando en cómo cerrarla. —Me guardó las rosas y la pizarra en el bolso—. Esperaba una respuesta ardiente, como de costumbre.

—¿Por qué? —Sacudí la cabeza—. Has dicho que no iba a funcionar.

—Y así es. No va a funcionar tal y como lo hemos hablado. Tres semanas es una eternidad para estar separados, y me parece que no es práctico que estés cogiendo vuelos una y otra vez para vernos. —Me puso la mano en la espalda y me la acarició suavemente—. Quería encontrarme contigo aquí para demostrarte que voy muy en serio con lo de estar contigo a largo plazo. Bueno, eso y que no he podido conseguir un asiento a tu lado.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte en la ciudad?

—Depende. —Hizo una pausa y acercó su cara a la mía—. Soy el jefe, así que yo decido mi horario.

—Mi casa no es ni de lejos tan grande como la tuya.

—Soy muy consciente de ello —sonrió, satisfecho—. He reservado una habitación de hotel para toda la semana.

—Ah, así que ya has asumido que mi casa no es lo bastante buena para ti…

—Yo no he dicho eso. —Me besó profundamente, y me hizo recordar por qué no quería que lo nuestro se acabara; me hizo recordar por qué sus labios podían convencerme de cualquier cosa. Cuando se separó de mí, me miró fijamente a los ojos durante lo que me pareció una eternidad—. Creo de verdad que podemos hacer que esto funcione. ¿Y tú?

—Sí.

—Bien. —Volvió a besarme, esa vez durante más tiempo, de forma mucho más posesiva, y todo lo que nos rodeaba se desvaneció mientras me estrechaba contra su cuerpo.

—¿De verdad has reservado una habitación de hotel? —pregunté, sin aliento.

—Para esta noche no —respondió—. Y es para los dos. Una vez mencionaste que nunca te habías alojado en el complejo turístico que tengo aquí, así que lo visitaremos en algún momento.

—Entonces, ¿vendrás conmigo a mi casa esta noche?

—Eso espero. ¿Podré entrar?

Epílogo

Asunto: *Una posible demanda/La fotopolla*
Querida Christina:
Todavía estoy esperando recibir una compensación por las escenas de tu último libro —La fotopolla— *a las que contribuí. Recuerdo haberte dicho qué escribir y cómo escribirlo, y que te expliqué con detalle cómo los protagonistas tenían que follar sobre el capó del coche bajo la lluvia.*

Ya que tus lectores opinan que esas son las mejores escenas, creo que tengo derecho a una compensación económica.

Si para finales de semana no has accedido a pagarme un porcentaje de los beneficios, consideraré interponer una demanda.

Con amor

Dane

Asunto: *Re: Una posible demanda/La fotopolla*
Querido Dane:
Estás sentado a seis metros de mí. ¿Para qué me envías un mensaje? Como todavía no has respondido a mi pregunta de la semana pasada, te la repito: ¿por qué has comprado la aplicación Palabras y letras*? ¿Qué piensas hacer con ella?*

Espera sentado por la compensación económica. Contribuiste a ese libro con dos líneas, y dudo mucho que ningún abogado que se precie me lleve a juicio por tus sugerencias tipo: «Haz que esté más mojada» o «Tienen que follar tres veces, no solo dos».

Todo el mundo pensará que eres el gilipollas del siglo si demandas a la que es tu flamante esposa desde hace tres meses.

Siempre puedes levantar la vista del teléfono y hablar conmigo si quieres continuar la conversación.

Con amor

Christina

Asunto: *Re: Re: Una posible demanda/La fotopolla*
Querida Christina:
Tenía que escribirte un correo porque así puedo contemplar las vistas. Abre un poco más las piernas, por favor.

He comprado la aplicación Palabras y letras *para mi mujer. Hace un par de meses mencionó que quería tener algo parecido para poder convertirlo a una red de autores, si no recuerdo mal. No le digas que es uno de sus regalos de cumpleaños. No sé si le gustará.*

Si no hay compensación por ese libro, debería haberla por los otros a los que he contribuido: Mi querida señorita y el señor Duro, Durmiendo con mi empalmado enemigo *y, por supuesto,* Enamorada del mejor amigo de mi padre.

Puede ser que ningún abogado quiera llevar mi caso, sobre todo porque estoy dispuesto a conformarme con que mi mujer se siente sobre mi cara (¿has entendido la indirecta poco sutil o debo dejarlo más claro?).

Estoy bien aquí, mirándote.

Te quiero.

Dane

Asunto: *Re: Re: Re: Una posible demanda/La fotopolla*
Querido Dane:
¡Ay, Dios! ¡Guau!

Muchas gracias por comprarme la aplicación. Me encanta; no tenía ni idea de por qué insistías tanto en que firmara esos documentos tan raros la semana pasada. Ahora todo cobra sentido.

Lo único que aportas actualmente a mis libros es distraerme con sexo cuando me pongo a escribir. Tampoco es que me queje…

Deberías haber empezado por esa proposición (sí, entiendo las indirectas). Prepárate.
Yo también te quiero.
Christina

Veintidós mensajes

Whitney G.



Todo empezó con una escena de sexo.

Bueno, con una escena de sexo que yo no era capaz de escribir.

A pesar de ser una autora con más de cincuenta libros románticos a mis espaldas, me estaba costando hacer lo que mejor se me daba, y, por pasar el rato, le pedí ayuda a un amigo al que conocía solo por internet.

No debí haberlo hecho.

Él escribió una escena mucho mejor que cualquiera que yo hubiera podido redactar, y nuestros siete meses de amistad platónica —aunque con algún coqueteo— se fueron al garete en diez minutos.

Porque me pidió que nos viéramos en persona…

Habíamos acordado mantener la relación en el plano digital, ser solo amigos y no ponernos cara, pero ninguno de los dos pudo resistirse.

Cuando lo vi en el aeropuerto me sentí atraída por él al instante, pero no tardé en darme cuenta de que jamás íbamos a poder llegar a nada.

El hombre con el que había estado hablando durante los últimos meses era la última persona que esperaba.

La última persona con la que debía fantasear.

Era el mejor amigo de mi padre.

Biografía de la autora

Whitney G.



Whitney G. (1988, Tennessee, Estados Unidos) es una optimista de la vida obsesionada con los viajes, el té y el buen café. Es autora de varias novelas *best seller* incluidas en las listas de *The New York Times* y de *USA Today*, y cofundadora de *The Indie Tea*, página que sirve de inspiración para autoras de *indie* romántico.

Cuando no se encuentra hablando con sus lectores a través de su página de Facebook, la podremos encontrar en su web, en su Instagram, en Twitter… Pero si no la vemos en las redes, es porque está encerrada trabajando en una nueva y loca historia…

Ojalá te hubiera elegido es la nueva novela de Whitney en nuestra colección Phoebe, después del éxito de *Una noche y nada más* y *Turbulencias* en 2017; *Carter y Arizona* en 2018; *Mi jefe, Mi jefe otra vez* y *Dos semanas y una noche* en 2019; *Sexy, descarado, irresistible, Olvidar a Ethan* y *El rey de las mentiras* en 2020; *Fue un martes, Entre tú y yo, Te esperaré todas las noches, Novio por treinta días, Besos a medianoche, Fiesta de empresa* y *Sin compromiso* en 2021; *Fue un miércoles* y *Por supuesto que no es él* en 2022 y *Te esperaré siempre, Ejecutivo a la carta, Un abogado irresistible, Ojalá te lo hubiera dicho* y *Ojalá te hubiera elegido* en 2024.

whitneygbooks.com
IG: whitneyg.author
TW: WhitGracia
FB: AuthorWhitneyG

Otros títulos de la autora en Phoebe romántica



Un abogado irresistible
Whitney G.



En el trayecto a la entrevista más importante de mi vida acabé chocando con mi destartalado Honda contra la parte trasera de un McLaren negro personalizado, y al superatractivo bastardo de su dueño no le hizo ni la más mínima gracia. Sobre todo cuando escapé de la escena del delito tras haberle dejado como pago un cheque sin fondos, veinte dólares y un paquete de condones de los que brillan en la oscuridad (estoy tan arruinada que no puedo permitirme contratar un seguro).

Conseguí llegar a la entrevista con unos segundos de margen, pero el socio de Hamilton y Asociados con el que esperaba encontrarme no estaba. En su lugar, me recibió, sorpresa…, el espectacular tío con el que acababa de chocar: Damien Carter.

Tras escuchar su primera pregunta *(«¿Sabe que huir del escenario de un accidente es un delito?»)*, supe que no iba a conseguir el trabajo.

Pero, para mi desgracia, me dieron el puesto y no tardé en darme cuenta de que Damien, mi jefe, y yo teníamos muchas más cosas en común de las que imaginaba.

A pesar de que ese cabrón malencarado se pasa la vida amenazándome y dándome órdenes.

Su bufete parece sacado directamente de *El padrino*, nada que ver con los «hombres buenos de la justicia» que muestran sus carteles promocionales. Entre sus paredes se esconden oscuros secretos, sus clientes siempre son culpables y Damien Carter representa todo lo que anda mal en el sistema legal.

O al menos eso pensaba yo hasta que empezamos una turbulenta relación de amor-odio y descubrí su mayor secreto…

Captura en el código los primeros capítulos de *Un abogado irresistible*

Ojalá te hubiera elegido

Whitney G.



*Advertencia: no leas la sinopsis de esta novela.

Es mejor que vayas a ciegas, en serio…

Pero si sientes la imperiosa necesidad de hacerlo, aquí la tienes:

Tenía que haber sido más listo; tenía que haberla dejado en paz…

Me dijo que tenía veintiún años, pero era mentira.

Le llevaba una década, y, aunque era madura para su edad, debí mantener las distancias.

O intentarlo, al menos.

No había demasiados sitios donde esconderse en el campus, y sí un montón de sitios donde podían pillarnos.

Nunca quise que ocurriera: yo era su profesor y ella debía ser solo mi alumna.

Pero cuatro años después nos volvimos a encontrar…

*¿Ves? Por eso no deberías haber leído la sinopsis, y deberías haber ido a ciegas. Por desgracia, este es un viaje emotivo a través de un romance con tintes tóxicos que te conducirá a lugares inesperados. A la autora le apetecía escribir algo como esto, así que no digas que no te habíamos avisado de lo que ibas a encontrarte.

Captura en el código los primeros capítulos de *Ojalá te hubiera elegido*



Ojalá te hubiera elegido

G., Whitney
9788410070660
250 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

*ADVERTENCIA: NO LEAS LA SINOPSIS DE ESTA NOVELA. Es mejor que vayas a ciegas, en serio… Pero si sientes la imperiosa necesidad de hacerlo, aquí la tienes:

Tenía que haber sido más listo; tenía que haberla dejado en paz… Me dijo que tenía veintiún años, pero era mentira. Le llevaba una década, y, aunque era madura para su edad, debí mantener las distancias. O intentarlo, al menos. No había demasiados sitios donde esconderse en el campus, y sí un montón de sitios donde podían pillarnos. Nunca quise que ocurriera: yo era su profesor y ella debía ser solo mi alumna. Pero cuatro años después nos volvimos a encontrar… *¿Ves? Por eso no deberías haber leído la sinopsis, y deberías haber ido a ciegas. Por desgracia, este es un viaje emotivo a través de un romance con tintes tóxicos que te conducirá a lugares inesperados. A la autora le apetecía escribir algo como esto, así que no digas que no te habíamos avisado de lo que ibas a encontrarte.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Una góndola para conquistarte

Maqueda, Laura
9788410070677
325 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La vida de Samantha es un caos y ella ni siquiera lo sabe. Se ha pasado los dos últimos años de su vida escribiendo una columna de consejos amorosos en una revista

neoyorquina y odia absolutamente cada faceta de su trabajo. No tiene tiempo ni ganas para el amor, y no tiene abierto su corazón. Para empeorar las cosas, recibe la llamada de Melissa, su madre, con la que lleva años sin verse, para informarla de su inminente boda… nada más y nada menos que en la Toscana italiana. Viajar a Italia y perderse en ese país ha sido siempre el sueño de Sam, y ve en la boda una buena oportunidad para reconciliarse con su madre y poder, al fin, ver mundo. Sin embargo, las cosas no salen siempre como una lo ha imaginado. Al llegar a la Toscana, Sam averigua que ha habido un cambio de planes, que la boda no se celebrará en la villa familiar del que va a ser el marido de su madre, tal y como estaba previsto, y que además… tiene un nuevo hermanastro. Alessandro Martinelli, el hijo de su futuro padrastro, le descubrirá las maravillas de Italia a través de un viaje en coche hasta la bella costa amalfitana, nuevo lugar del enlace, al mismo tiempo que pondrá su corazón en las manos de Sam. ¿Querrá Sam regresar a Nueva York llegado el momento? ¿Será capaz de abrir su corazón al irresistible italiano que conduce a su lado?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Lo que nunca nos dijimos

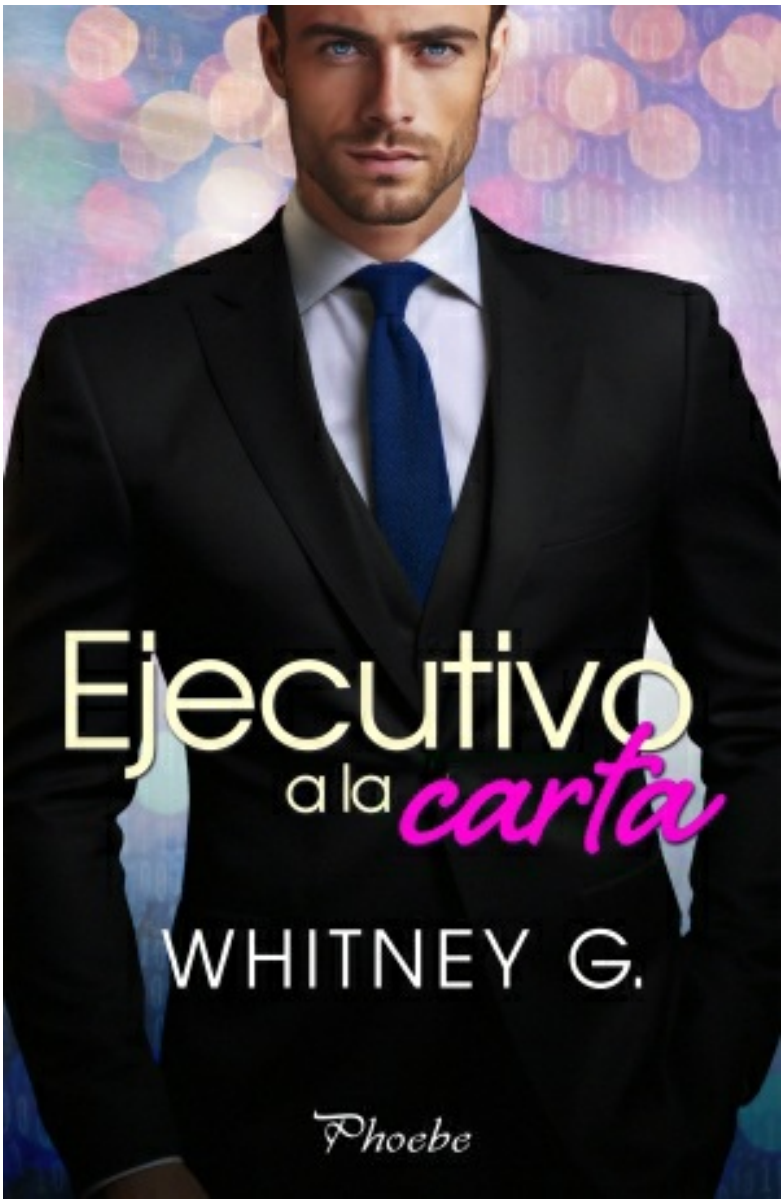
Beatobe, María
9788410070707
310 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Marta, una joven artista de espíritu libre, vive entre pinceles y copas, trabajando en una discoteca mientras lucha por hacerse un nombre en el mundo del arte. Aunque parece

tenerlo todo bajo control, guarda un secreto que la atormenta: pesadillas recurrentes que la dejan exhausta. Lucas, un atractivo y prometedor fotógrafo con la reputación de ser un iceberg, llega a Madrid por trabajo y termina compartiendo piso con Marta, la mejor amiga de su hermana. ¿Qué podía salir mal? Pues, al principio, todo. Entre bromas irónicas y miradas intensas, Marta y Lucas descubren que tienen más en común de lo que pensaban. Su amor por las series crea momentos divertidos y relajados donde las barreras comienzan a romperse. Lucas, decidido a proteger a Marta de sus pesadillas, empieza a derretir su propio corazón helado. Y Marta, con su calidez y humor, empieza a desarmar las defensas emocionales de Lucas. ¿Quién sería capaz de afirmar que el hielo no se derrite con una buena pizza barbacoa?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Ejecutivo a la carta

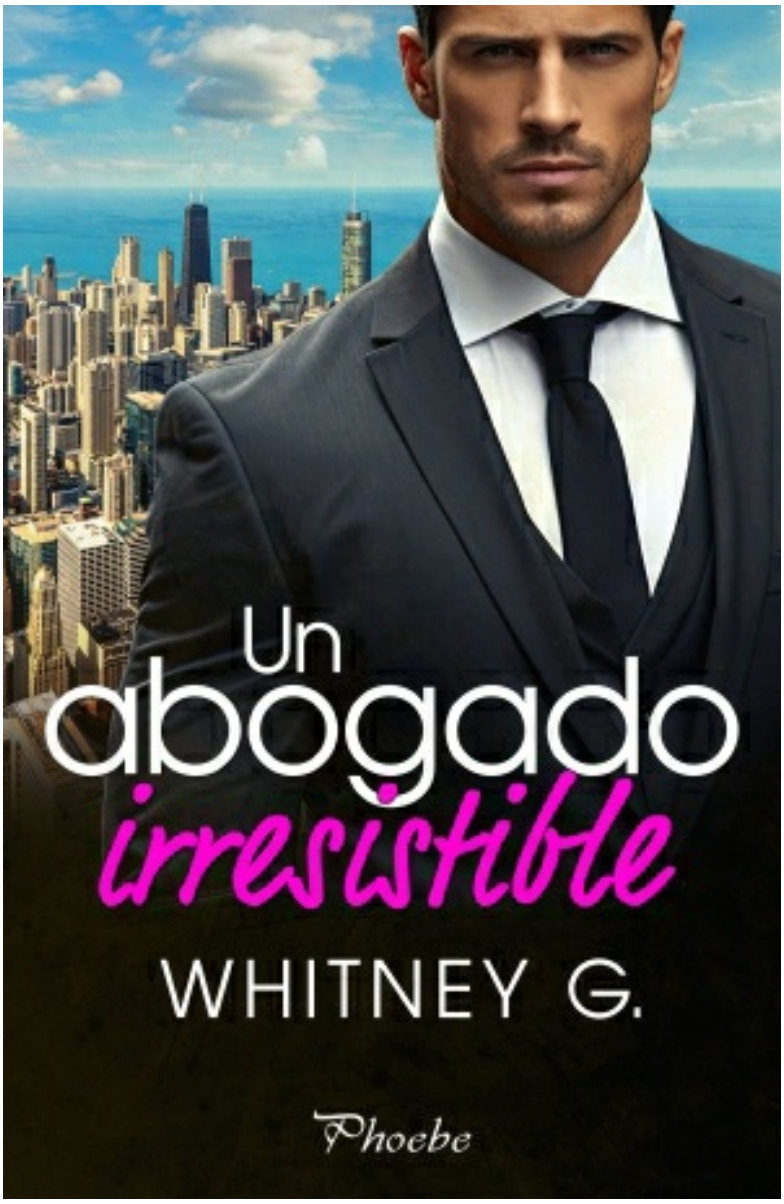
G., Whitney
9788410070127
140 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Estas deben de ser las peores Navidades de mi vida… Mi exnovio acaba de reservar la mejor suite en el resort donde trabajo (con su nueva novia, no conmigo), la mitad del

personal se ha dado de baja por gripe (mentira: quieren asistir a un concierto que se celebra en el pueblo) y mi hermana me está volviendo loca con sus inacabables planes de boda. En cualquier otro momento todo esto no supondría ningún problema, pero la Navidad lo cambia todo, y además mi familia está a punto de descubrir la mentirijilla que les he contado sobre mi inexistente prometido. Para evitarlo, decido descargarme Ejecutivo a la carta, una aplicación que permite contratar a un «falso y atractivo hombre de negocios» para impresionar a familiares y amigos. Por lo menos es lo que yo esperaba… Pero cuando el chico que he elegido me deja plantada en el último momento, la aplicación promete enviarme «un sustituto aún más sexy». Deben de haber querido decir «el demonio», porque este tipo no es un actor y, definitivamente, no es un «falso» ejecutivo. Es mi antiguo jefe. El idiota que me despidió el año pasado. Vale, ahora sí que, oficialmente, son las peores Navidades de mi vida.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Un abogado irresistible

G., Whitney
9788410070233
260 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En el trayecto a la entrevista más importante de mi vida acabé chocando con mi destartalado Honda contra la parte trasera de un McLaren negro personalizado, y al

superatractivo bastardo de su dueño no le hizo ni la más mínima gracia. Sobre todo cuando escapé de la escena del delito tras haberle dejado como pago un cheque sin fondos, veinte dólares y un paquete de condones de los que brillan en la oscuridad (estoy tan arruinada que no puedo permitirme contratar un seguro). Conseguí llegar a la entrevista con unos segundos de margen, pero el socio de Hamilton y Asociados con el que esperaba encontrarme no estaba. En su lugar, me recibió, sorpresa…, el espectacular tío con el que acababa de chocar: Damien Carter. Tras escuchar su primera pregunta («¿Sabe que huir del escenario de un accidente es un delito?»), supe que no iba a conseguir el trabajo. Pero, para mi desgracia, me dieron el puesto y no tardé en darme cuenta de que Damien, mi jefe, y yo teníamos muchas más cosas en común de las que imaginaba. A pesar de que ese cabrón malencarado se pasa la vida amenazándome y dándome órdenes. Su bufete parece sacado directamente de El padrino, nada que ver con los «hombres buenos de la justicia» que muestran sus carteles promocionales. Entre sus paredes se esconden oscuros secretos, sus clientes siempre son culpables y Damien Carter representa todo lo que anda mal en el sistema legal. O al menos eso pensaba yo hasta que empezamos una turbulenta relación de amor-odio y descubrí su mayor secreto…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)